



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Universidad de la República

Facultad de Psicología.

Trabajo Final de Grado:

Adolescentes institucionalizados:

Reconfiguración, reedición y reestructuración psíquica.

Modalidad: Monografía.

Tutora: Prof. Adj. Silvana Contino

Revisora: Asist. Mag. Sandra

Sena

Autor: Julián Martínez Berretta

Cédula de Identidad: 4.971.514-9

Montevideo, Uruguay.

Abril de 2020.

Índice:

1. Resumen	2
2. Introducción	3
3. Adolescencias	6
3.1. Conceptualizaciones sobre la adolescencia	6
3.2. Historización de la adolescencia.....	9
4. Estructuración psíquica, el lugar del Otro, la institución	11
4.1. Constitución psíquica	11
4.2. Estructuración psíquica, el Otro.....	13
4.3. Los tres tiempos del Edipo para Lacan, el Otro, la Institución	17
4.4. El vínculo primario, la Institución	20
5. Reestructuración psíquica	22
5.1. Reestructuración del psiquismo en la adolescencia	22
5.2. Las identificaciones y la identidad en la adolescencia.....	25
5.3. Confrontación Generacional	27
5.4. La actuación como modo de expresión en la adolescencia.....	29
6. Institución. Adolescencia institucionalizada	34
7. Consideraciones finales	37

1 Resumen

El presente trabajo a entregar propone una revisión bibliográfica desde la teoría psicoanalítica sobre la reestructuración del psiquismo en el adolescente y su articulación con las particularidades de este proceso en aquellos adolescentes que se encuentran en instituciones en régimen de dispositivos de acogimiento residencial.

Se comienza por explorar el concepto de adolescencia, lo que implica como etapa de transición y se realizará un recorrido histórico de aquella noción junto a los cambios que ha tenido a nivel local, desde el punto de vista jurídico y social. Se pondrá énfasis en los múltiples conflictos intrapsíquicos que conlleva la transformación psíquica del adolescente, que se manifiestan a nivel intersubjetivo y condicionados por la dimensión transubjetiva.

Se tendrá en cuenta que la reestructuración del psiquismo se lleva a cabo sobre la previa constitución del mismo en el infans, se abordarán los procesos de constitución del Yo en relación al Otro, el estadio del espejo según Lacan, los tres tiempos del Edipo, la sexualidad, desembocando en la estructuración del psiquismo. Para luego adentrarse en la reedición que la adolescencia conlleva de estos procesos anteriores.

Se abordarán las condiciones inherentes al tipo de institucionalización como lo es el de régimen de dispositivos de acogimiento residencial, teniendo en cuenta los aportes de diferentes autores sobre las particularidades que conlleva la residencia en hogares estatales. Concluyendo sobre los efectos de la misma en la reedición de procesos de estructuración psíquica anteriores.

Palabras claves: adolescentes, reestructuración psíquica, institución.

2 Introducción

El presente trabajo final de grado realiza una revisión bibliográfica desde algunos autores de la teoría psicoanalítica con el fin de analizar las particularidades que conlleva la reestructuración del psiquismo en el adolescente que se encuentra residiendo en dispositivos de residencia estatales.

Se considera que la institucionalización condiciona tanto la constitución psíquica como la producción de subjetividad de los sujetos, generando una ruptura en la continuidad histórica de niños, niñas y adolescentes (Sena, 2015). El interés del trabajo se presenta en la constitución psíquica de los mismos y el grado de afectación producido por la institución, dependiendo desde cuando se encuentran institucionalizados. Partiendo de la constitución psíquica del sujeto en relación a un otro, será diferente en aquellos adolescentes que se encuentran institucionalizados en INAU desde el año, que en aquellos que ingresan a la órbita de INAU durante la etapa adolescente.

El interés del trabajo es poder conocer y profundizar acerca de los cambios intrapsíquicos y psicosociales que se llevan a cabo cuando se instaura la adolescencia, relacionados a la previa constitución del sujeto. Teniendo en cuenta que la adolescencia es un periodo que ha sido construido culturalmente y depende del contexto en que se encuentra (Cao, 1997).

Durante el corto transcurso de mi experiencia laboral con adolescentes, y sobretodo en el correr del presente año trabajando en el contexto de una clínica de salud mental con régimen de internación en estado de descompensación aguda, he tomado contacto con una cantidad considerable de adolescentes institucionalizados. A partir de mi desempeño laboral como operador terapéutico, manteniendo contacto con familiares o referentes del hogar de INAU al que pertenece el adolescente, surgen interrogantes que motivan la presente revisión y reflexión. Se tiene en cuenta la relevancia que conlleva la residencia en un dispositivo de acogimiento residencial en el desarrollo del adolescente, la construcción de su subjetividad y, específicamente en el presente trabajo, en las transformaciones intrapsíquicas y psicosociales.

En mi experiencia laboral la población de interés se presenta sumamente heterogénea y en este sentido, se ha podido visualizar la institución como un condicionante diverso según diferentes sujetos, estructuras, rasgos de personalidad, identidades adquiridas, entre otros. Siempre comprendiendo su historia personal, familiar e institucional como espacios inseparables e interdependientes (Sena, 2015).

En la actualidad, según las cifras proporcionadas por INAU a través del Sistema de Información para la Infancia (SIPI, 2019), existen alrededor de 5270 niñas, niños y adolescentes vinculados a la modalidad de atención integral de tiempo completo, de los cuales alrededor de 3335 permanecen en centros de acogimiento residencial y 1935 en contexto familiar (INAU, 2019); los cuales crecen y se desarrollan en marcos institucionales, privados del cuidado parental total o parcialmente.

Se considera que la permanencia de niños, niñas y adolescentes dentro de los dispositivos de acogimiento residencial, se lleva a cabo de acuerdo al marco de lo establecido por la Constitución de la República (1967), la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño (1989), la ley de Creación del INAU (1984) y el Código de la Niñez y la Adolescencia (2004). Respecto a éste último, en los artículos 12 y 19 se legisla sobre la importancia de la permanencia de niños y adolescentes en sus ámbitos naturales de cuidado y cuando no sea posible en otros ámbitos de carácter familiar (CNA, 2004). Por lo que desde el marco legal, la institucionalización en centros de 24 horas es considerada una medida de amparo excepcional ante situaciones de seria vulneración de derechos, no habiendo otra alternativa posible de cuidado. Se parte de la consideración de niños, niñas y adolescentes como sujetos de derecho, en oposición a una mirada que considera al adolescente como menor, paciente, internado, sin voz.

Para conceptualizar la adolescencia, se la entiende como un periodo donde se reconoce la presencia de diversos cambios biológicos, cognitivos, psicológicos, afectivos, morales, sociales y culturales, que se encuentran condicionados y entrelazados entre sí, de ahí que se tienda a definirla a partir de sus crisis. Pero si a todos los cambios propios de la adolescencia se suma la experiencia de vivir en una institución, es muy probable que las características de ésta repercutan en el desarrollo (Carcelén, 2008).

Teniendo en cuenta que el adolescente se encuentra residiendo en dispositivos de 24 horas, se pondrá énfasis en la constitución psíquica en relación a un otro que le presta psiquismo a ese infans. Para formular tal proceso, se partirá de las formulaciones clásicas de la teoría psicoanalítica respecto a la constitución del Yo, se consulta la teorización del estadio del espejo según Lacan (1949), teniendo en cuenta la importancia del Otro en la constitución psíquica, como vínculo primario y como representante de la cultura.

Se llegará a la reedición de dichos procesos durante la adolescencia considerando a esta última según Cao (1997), como el caldo de cultivo donde fermentan las cuestiones ligadas a las instancias ideales y al proyecto identificador. Tratándose del momento vital donde se interrogan, se cuestionan y finalmente se resignifican los datos desarrollados durante la

niñez para comprender y aprehender la compleja dinámica del mundo adulto. Desde el psicoanálisis, su atención se focaliza en la reaparición de la pulsión sexual (la cual estaba hibernada durante el período de latencia), en el cuerpo de un sujeto que ahora sí es capaz de satisfacerla genitualmente con el objeto deseado/prohibido (Cao, 1997).

Tendrán lugar procesamientos que implican aspectos específicos de dicho periodo y que condicionarán la estructuración psíquica del sujeto, como pueden ser la excitación sexual y las modificaciones pulsionales, los cambios corporales, el duelo y la depresión, los mecanismos de defensa, la reedición de procesos que hacen al complejo de edipo, los cambios que sufre el narcisismo, así como el problema de la identidad y las identificaciones (Marcelli, 2006). Se destaca la actuación y el pasaje al acto como uno de los modos de expresión preferibles en el adolescente frente a situaciones de conflicto y angustia, siendo las manifestaciones auto y heteroagresivas recurrentes en los adolescentes institucionalizados que se encuentran realizando un tratamiento en el centro de salud mental donde trabajan.

Se tiene en cuenta que la reestructuración psíquica se produce en relación al Otro, donde el campo social podrá actuar como facilitador u obstaculizador del desarrollo. En este sentido, a todos los cambios propios de la adolescencia, el presente trabajo, le suma la experiencia de vivir en una institución. Pretendiendo indagar si las características de ésta, repercute en el desarrollo.

3 Adolescencias

3.1 Conceptualizaciones sobre la adolescencia

Se conceptualiza la noción de adolescencia, donde el presente trabajo procura poner acento en la importancia del trabajo psíquico transformacional a llevar a cabo, con sus logros y fracasos de acuerdo a las características del individuo y las exigencias del espacio sociocultural en el que se encuentra. Comprendiendo que cada caso específico refiere a su propia singularidad y diversidad, ya sea en relación a la estructuración psíquica y construcción identitaria, como con respecto a los factores socioculturales que la configuran (Viñar, 2009).

Se comienza por comprender qué entendemos cuando se habla de adolescencia. La Real Academia Española la define de acuerdo al período de la vida humana que sigue a la niñez y precede a la juventud (RAE, 2014). Se define como un momento específico en el desarrollo de la vida humana, entre un periodo y otro. Entonces ¿también se refiere a un período entre medio de los dos?, en este sentido, siguiendo a Cao (1997), se relaciona entonces con un tránsito, situación de trasbordo, entendiendo que para poder transcurrir, requiere de procesos que generan transformaciones y provocan crisis. Todas esas terminologías (periodo, momento, etapa, tránsito, transcurso, proceso, transformación, crisis) se asocian a la adolescencia, con igual validez dependiendo la posición teórica desde la cual se trabaje. Partiendo desde la teoría psicoanalítica, se comprende a la misma de acuerdo a procesos que el sujeto transita en conjunto con otros y en relación al condicionamiento de los vínculos originarios.

La adolescencia refiere a un período del desarrollo humano, que como todos, es un continuum, es decir, un proceso dinámico donde las distintas etapas se van entrelazando. Es el nexo entre la niñez y la adultez, donde el sujeto comienza a desprenderse de las configuraciones infantiles, dando lugar a una reestructuración psíquica que genera la reedición de procesos que hacen a la constitución psíquica del niño, lo cual lleva a emprender una búsqueda identificatoria generando nuevas relaciones.

Se tiene en cuenta que si bien existen cualidades generales que se pueden aludir a la transición del periodo adolescente, se considera relevante dar cuenta que este periodo no es transitado por todos de la misma manera sino que se presenta como un momento de procesamiento subjetivo y singular.

Las aportaciones de Freud (1905, 1923) obligan a reconocer el papel fundamental que desempeña el acceso a la sexualidad y la importancia de la pubertad, teniendo en cuenta que junto con ello se llevará a cabo la reorganización de las pulsiones parciales supeditadas a la primacía de la pulsión genital.

Esta situación transicional, que Cao (1999) define como trasbordo imaginario, da cuenta de la operativa intra e intersubjetiva que lleva a cabo el adolescente en su pasaje de la niñez al mundo adulto, construyendo una identidad definitiva, reconfigurando su psiquismo en relación al otro. Plantea Viñar (2009) que el desprendimiento identificatorio de las figuras parentales de la infancia es un proceso necesario, ineludible e imprescindible, a la vez saludable, aunque no se hace sin ruido y dolor; seguido por la búsqueda desenfadada de una imagen de sí mismo, la cual dependerá del plano transubjetivo y como se presenta la adolescencia en ese preciso momento histórico.

En referencia a los registros intrasubjetivo, intersubjetivo y transubjetivo, Cao (1997) establece que el advenimiento del sujeto se produce a través del apuntalamiento intersubjetivo pero sobre el horizonte de un atravesamiento transubjetivo que recorre a todos los sujetos sociales. Por lo que se tendrá en cuenta la incidencia del imaginario adolescente el cual se va reformulando de acuerdo al contexto sociohistórico.

Plantean Aberastury y Knobel (1986) que el adolescente es una combinación inestable de varios cuerpos e identidades, porque todavía no puede renunciar a aspectos de sí mismo y a su vez, no puede integrar y utilizar los que va adquiriendo. Afirmando que en esa dificultad de adquirir una identidad coherente, reside el principal obstáculo para resolver su identidad sexual. Teniendo en cuenta que el adolescente se encuentra en plena búsqueda de ideales y de figuras ideales para identificarse.

Cao (1997, 1999) propone el concepto de condición adolescente para referir al trabajo psíquico y vincular que implica para un sujeto atravesar el proceso de crisis, ruptura y superación que conlleva la adolescencia. Refiere que el procesamiento de la condición adolescente implica la refundación del narcisismo, la remodelación identificatoria, la apropiación de nuevas funciones y lugares, entre otras cuestiones que serán mencionadas en el presente trabajo junto a la reestructuración de las instancias psíquicas. Cao (2013) hace referencia a una doble crisis que caracteriza a la condición adolescente, por un lado aquella que tiene lugar en el mundo interno del sujeto debido a la metamorfosis psíquica y física, respecto a la cual no hay retorno; y por otro lado la que se desencadena en relación a sus vínculos.

Actualmente la condición adolescente como plantea Cao (1999) no se encuentra preparada para acceder al mundo adulto desde el punto de vista de su estructuración mental, puesto que sus psiquismos se encuentran en pleno reensamblado, a raíz del complejo proceso de remodelación identificatoria de sus instancias yoicas e ideales.

Tanto las modificaciones corporales incontrolables, como los imperativos del mundo externo, exigen al adolescente nuevas pautas de convivencia que son vividas al principio como una invasión (Aberastury y Knobel, 1986).

Con todo ese conflicto interno que se está comenzando a describir, el adolescente se enfrenta en la realidad con el mundo adulto, sintiéndose enjuiciado, molestado, atacado, sin lograr comprender y actuando con rechazo, donde el mundo externo podrá actuar como facilitador u obstaculizador del crecimiento.

Mientras transcurre dicho periodo, existe a disposición de los y las adolescentes múltiples identificaciones, imágenes personalizadas donde realizar proyecciones y asociaciones que permitan hacer rodar la intensidad de la transferencia, transitando y condicionando, desde sus vínculos intersubjetivos, sus procesos internos.

Aparece una incertidumbre identificatoria subyacente propia de la adolescencia que se muestra acentuada por el momento socio histórico en el que vivimos, al que Bauman (2002), da el nombre de “modernidad líquida”, dirá el autor que se trata de un momento en el que la vida va perdiendo densidad para ser en el puro instante (Bauman, 2007), donde la inmediatez abarca un lugar preponderante. Bauman (2007) refiere a la identidad escurridiza, lo que podemos relacionar con la construcción de identidad en la era de internet, entendiendo que para los adolescentes en la actualidad no hay identidad en sentido sólido sino multiplicidad de identificaciones parciales, lacunarias, que se reemplazan, desplazan y articulan de manera desigual y combinada.

También “los referentes sociales que organizan nuestra mente (familia, filiación, parentalidad, trabajo, ocio, norma y transgresión, sexualidad permitida y transgresora) han cambiado profunda y rápidamente en las últimas décadas” (Viñar, 2009, p.17).

Es por eso que Cao (1997), plantea que la condición adolescente debe ser reformulada por cada nueva generación en función y a la vez en contra, de las pautas socioculturales dominantes. Teniendo en cuenta que el autor nos plantea una mirada de la adolescencia como una caja de resonancia de la cultura en que se inscribe.

3. 2 Historización de la adolescencia

A continuación se comprenderá porqué se plantea que el fenómeno adolescente es producto de una compleja transformación cultural, debido al entrecruzamiento de un conjunto de variables socio históricas. Se considera que las adolescencias como periodo del desarrollo bio-psico-social y cultural del ser humano, son de aparición reciente en la historia de la humanidad.

Se constata la existencia de rituales de iniciación en los pueblos primitivos respecto al cambio de estatus que introducía la llegada a la pubertad y el ingreso al mundo adulto, el fenómeno adolescente aparece como resultante de una laboriosa producción cultural que se puso en marcha en el siglo XVIII, con la llegada de la Revolución Industrial (Cao, 1999).

Es con la llegada del maquinismo, o al decir de Toffler (en Cao, 1997) “sociedad de la segunda ola” que se destruyen los órdenes sociales y laborales que imponía el feudalismo lo que generará cambios en los usos y costumbres de la sociedad. Esa situación inédita, es la que dará origen al tiempo de espera entre el final de la infancia y la incorporación al mundo del trabajo, imprecisa brecha que da lugar a la transición adolescente (Cao, 1997).

Para sostener semejante avance que promovió el maquinismo, la sociedad industrial se tuvo que hacer cargo de educar en forma masiva a los jóvenes aspirantes para que estos pudieran ingresar a los nuevos puestos de trabajo acompañando una economía en plena expansión (Cao, 1999). En este sentido, se promueve un espacio para el relacionamiento entre los pares de dicha franja etaria. Se tiene en cuenta un espacio de transición entre el niño que no trabaja y el adulto que sí puede hacerlo, fomentando la apertura de la adolescencia que con el paso del tiempo se fue estableciendo y tomando preponderancia, hasta que comienza a ser teorizada y considerada como un periodo del desarrollo de todo sujeto.

Ese lugar, la adolescencia, primeramente sería ocupado por los jóvenes de la burguesía y luego se iría expandiendo hacia los demás estratos sociales (Cao, 1997).

Sin embargo, la sociedad posindustrial promulgó la existencia de esta franja etaria en la medida en que sus intereses se vieron favorecidos, y su lugar terminó pasando de la inexistencia total (recuérdese que hasta la década del 50 no había productos ni comercios exclusivos para adolescentes), al papel protagónico. Anteriormente, en las sociedades industriales de la segunda ola, el pasaje de la niñez a la vida adulta se realizaba conociendo la posibilidad de lugares a ocupar que la sociedad proveía. En cambio, con la llegada de la

sociedad posindustrial el pasaje se hace sin la seguridad de obtener alguno de los nuevos lugares (Cao, 1999). Aparejado a ello, aparece la exclusión como herramienta actual de control social.

Todo este movimiento genera que la condición de adolescencia pueda poner en marcha la construcción de su propio imaginario, promoviendo un nuevo lugar en el entramado social de mayor importancia y protagonismo del que había tenido a lo largo de su corta historia.

La conceptualización de “imaginario social” propuesta por Castoriadis (1997), se puede asociar a la continua construcción y reconstrucción del fenómeno adolescente entendiendo que para el establecimiento de dicho periodo es menester la producción de un imaginario colectivo instituyente, que otorgue solidez transgeneracional. Más bien un imaginario adolescente perteneciente a un grupo de sujetos de cierta franja etaria que se está formando, buscando una identidad y que “no tiene otra definición más clara y precisa que la de estar indefinido” (Cao, 1997, s/p). Justamente el juego entre lo instituido y lo instituyente genera que el imaginario adolescente se vaya reformulando constantemente en un nivel transubjetivo.

Se desarrolla entre los jóvenes un sentimiento de identidad por pertenencia que les permite sentirse parte de la generación que participan. Plantea Cao (1997) que la construcción del imaginario adolescente, parte de un conjunto de representaciones que le dan significado al accionar, al sentir, a la toma de decisiones, de cada generación.

Sin embargo, no solamente se trata de que el imaginario adolescente se vaya reformulando, sino que, como García (2013) lo establece, los cambios epocales, sociales, de estructura familiar, las modificaciones de las imagos de padre, actúan en el psiquismo de los adolescentes. Especialmente lo que se ha llamado declinación de la función paterna, así como caída o cambios en la estructura familiar patriarcal y tradicional y los efectos que estos tienen en la estructuración psíquica y en el mundo simbólico.

4. Estructuración psíquica, el lugar del Otro, la institución.

Habiendo expuesto algunas generalidades sobre la adolescencia, el propósito de este apartado consiste en la constitución psíquica que va adquiriendo el infans, en relación a un otro que le presta psiquismo. Se considera de fundamental importancia para indagar posteriormente en la reestructuración psíquica propia del periodo adolescente. Se tiene en cuenta además, que cierta cantidad de los y las adolescentes institucionalizados (población que pretende trabajar la presente propuesta monográfica), se encuentran en dicha situación desde la infancia, algunos desde el año de vida, por ende se fueron constituyendo psíquicamente en relación a la institución.

4.1 Constitución psíquica:

El presente apartado hace referencia a los inicios de la constitución psíquica, pretendiendo abordar la relevancia que para algunos autores tienen los primeros vínculos en este proceso, destacando la importancia del otro como vínculo primario pero también como representante de la cultura.

El nacimiento del sujeto se produce en el seno de un grupo familiar el cual lo espera con un nombre, lugar y deseo a cumplir, puesto que el lugar que ocupará el sujeto estará determinado por el contrato narcisista. Es portador de un lugar en un conjunto que se encargará de investir narcisísticamente al nuevo integrante (Cao, 1999).

El vínculo que se establece entre la madre y el infans será el modelo de todas las vinculaciones posteriores, resignificado en ocasión de todo nuevo contacto con un semejante; dimensión intersubjetiva a través de la cual se comenzará a establecer paulatinamente el proceso de singularización (Cao, 1999).

En el "Proyecto de una Psicología para neurólogos" Freud (1895) da lugar al origen de la pulsión y el deseo, se teoriza acerca de la constitución del psiquismo y los procesos de mentalización. Introduce el concepto de vivencia de satisfacción el cual está ligado al desvalimiento del bebé que hace imprescindible el auxilio ajeno frente a las necesidades vitales. Para Freud (1895), la "vivencia de satisfacción" constituye un todo que integra, por un lado, al bebé y su desvalimiento; por el otro, a la madre que interpreta y auxilia por medio de la "acción específica", calmando y generando placer.

Freud (1900) plantea que la excitación impuesta por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad, el niño hambriento llorará y pateará pero la situación se mantendrá inmutable. Puesto que la excitación de la necesidad interna corresponde a una

fuerza que actúa continuamente y sólo puede sobrevenir un cambio cuando por el cuidado ajeno, se hace la experiencia de la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno. Aparece entonces, una percepción cuya imagen mnémica queda asociada a la huella que dejó la excitación producida por la necesidad. Ese todo se inscribe, dejando huellas, las cuales se reactivarán al repetirse la tensión y harán surgir el deseo. Sobre el telón de fondo del desvalimiento inicial del ser humano, la vivencia de satisfacción, se constituye en la fuente de la que emergerá: un objeto de deseo y un sujeto deseante (Freud, 1900).

La satisfacción de la necesidad alimenticia y el placer de la zona erógena están asociados por un vínculo de apuntalamiento y procura un placer que desborda la mera satisfacción del hambre, refiere a un placer de índole sexual que se procura repetir. Es por ello que se da la necesidad de repetir la satisfacción sexual, separándose de la necesidad nutricia y su percepción va a estar ligada a la huella mnémica de esa anterior excitación que resultó de la necesidad. Surgiendo el deseo dirigido a recargar la imagen mnémica, buscando restablecer la situación de aquella primera satisfacción (Freud, 1900).

Por lo que la relación boca-pecho consiste en un primer encuentro y en la experiencia inaugural de placer que otorga determinados sentidos, por medio de las primeras inscripciones en el aparato psíquico, dando lugar a formas singulares de procesamiento psíquico.

En el modelo estructural del aparato psíquico, lo que desde el principio se distinguió del “inconsciente” fue “el yo” recuerda Freud (1923). Luego de avanzada su teoría, aproximándose en la formulación de la segunda tópica, Freud (1923) plantea que probablemente en el yo sea mucho lo inconsciente abarcando solo una parte de eso con el nombre de preconscious, por lo que la condición de consciente pasa a ser considerada como algo que se puede adscribir o no a un estado psíquico (Freud, 1923).

Partiendo de los postulados de Freud (1923), el Yo refiere a la organización coherente de los procesos anímicos en una persona, de ese Yo depende la conciencia que gobierna los accesos a la motilidad y a la descarga de las excitaciones en el mundo exterior. De ese yo parten también las represiones, dejando a un lado contenido psíquico, controlado por la resistencia, la cual también parte del yo y es inconsciente por lo que exterioriza efectos intensos sin devenir consciente (Freud, 1923).

Luego Freud (1923) continúa diferenciando al yo, como la esencia que parte del sistema P y que es primero preconscious, mientras que el “ello” refiere a lo otro psíquico en lo que el yo se continúa y que se comporta como inconsciente. En este sentido, afirma “un individuo es

ahora para nosotros un ello psíquico, no conocido (no discernido) e inconsciente sobre el cual, como una superficie, se asienta el yo, desarrollado desde el sistema P como si fuera su núcleo” (Freud, 1923, p. 25-26). En este sentido, el yo no está separado tajantemente del ello, sino que confluye con el mismo al igual que la represión, y lo reprimido solo queda segregado del yo por la resistencia de represión pudiendo comunicar con el yo a través del ello (Freud, 1923).

A partir de la teoría freudiana sobre la formación del Yo, desde la identificación Lacan (1949) teoriza el estadio del espejo proceso en el que el sujeto es transformado a partir de la asunción de la imagen propia en una relación especular con otro que sostiene la imagen. Este otro, generalmente encarnado en la madre, aparece entonces como fundante del yo.

El edificio teórico de lacan se apoya de manera predominante sobre la referencia al objeto fálico. Establece Dor (2009), que "El objeto fálico es ante todo un objeto cuya naturaleza es ser un elemento significativo". (p. 86). El mismo es el significativo de la falta, que no se tiene ni se es.

En esta misma línea, las distintas estructuras clínicas se caracterizan según cómo se posicione el sujeto frente a la falta ya que estamos en un mundo simbólico y en la estructura significativa hay una falta, una incompletud. Siendo la metáfora del padre, dada la problemática edípica y la castración la que permite que la falta pueda operar y dar cuenta de las distintas estructuras clínicas (Lacan, 1955). Entonces, en la estructura lacaniana siempre hay un lugar vacío, un lugar de ausencia. Ese lugar es central en la teoría lacaniana, puesto que la estructura para Lacan esta descompleta, tiene un lugar vacío que permite ciertas perturbaciones y cambios.

4.2 .2 Estructuración Psíquica, el Otro.

Se tienen en cuenta las tres estructuras psíquicas definidas por el psicoanálisis clásico: la psicosis, la neurosis y la perversión; de acuerdo a la nosografía lacaniana, las tres estructuras son mutuamente excluyentes y constituyen todas las posiciones posibles del sujeto en relación al Otro.

El sujeto neurótico que con sus vicisitudes y conflictos atraviesa, como se verá más adelante, los tres tiempos del edipo en relación a la circulación del falo, se observa que fundamentalmente se caracteriza como un sujeto de la duda: es el sujeto que se hace preguntas sobre su ser, su existencia y su deseo.

Respecto a la estructura psicótica, sea una psicosis paranoica (delirio de persecución) o esquizofrénica (delirio de fragmentación del cuerpo), en términos lacanianos ya no se habla de síntoma sino de "fenómenos elementales" ya sean delirios o alucinaciones. Lo que fundamentalmente caracteriza al psicótico, es que se trata de un sujeto de la certeza, él tiene una certeza sobre lo que le está pasando, la cual funda su delirio, como se observa en el caso Schreber estableciendo, soy la mujer de Dios y he venido a crear una nueva raza de hombres (Freud, 1911). Es así que Lacan (1955-1956) introduce en la clínica psicoanalítica una exigencia de certeza, ya que en el seminario sobre la psicosis enfatiza la importancia de encontrar esa certeza en el diálogo con el sujeto psicótico (Millas, 2005).

En cuanto a la perversión, el sujeto apela a la desmentida como mecanismo de defensa que promueve su estructuración psíquica. La desmentida, fue considerada por Freud en conexión con el complejo de castración. A su vez, estableciendo que ella dará por resultado una escisión del yo. Afirma:

El yo del niño se encuentra, pues, al servicio de una poderosa exigencia pulsional, que está habituado a satisfacer, y es de pronto aterrorizado por una vivencia que le enseña que proseguir con esa satisfacción le traería por resultado un peligro real-objetivo difícil de soportar. (Freud, 1940 [1938], p. 275).

Allí deberá optar por reconocer el peligro real, ceder ante él y renunciar a la satisfacción pulsional o de lo contrario desmentir la realidad objetiva creyendo que no hay razón para tener miedo y así continuar con la satisfacción. Plantea Freud (1940 [1938]) de esta manera que el niño puede rechazar la realidad objetiva con ayuda de ciertos mecanismos y no se deja prohibir nada pero a su vez, reconoce el peligro de la realidad objetiva asumiendo la angustia como un síntoma a padecer y luego busca defenderse de él. Por ello, afirma que "ambas partes en disputa han recibido lo suyo: la pulsión tiene permitido retener la satisfacción a la realidad objetiva se le ha tributado el debido respeto" (Freud, S., 1940 [1938], p.275). Estableciendo que "ambas reacciones contrapuestas frente al conflicto subsistirán como núcleo de una escisión del yo" (Freud, S., 1940 [1938], p.276). Entonces, el perverso desmiente la ausencia del pene en la madre, es así que el falo no continúa circulando y el edipo no pasaría al segundo tiempo como sí sucede en la neurosis.

En la obra de Lacan (1974/1975) hay distintos niveles de definiciones, siendo el más general aquel que refiere a la estructura como organizada a partir de la articulación entre tres órdenes, real, simbólico e imaginario. Los tres órdenes al principio de la obra de Lacan tienen distintos momentos, no obstante, a lo último de su enseñanza, aclara que ninguno

tiene jerarquía sobre el otro, sino que los tres según como se encadenan determinan efectos diferentes.

Desde el psicoanálisis se crean diferentes categorías que aportan a la explicación de la trayectoria desde el infante al adulto. Lacan (1957-1958) desarrolla y distingue tres conceptos: necesidad, demanda y deseo; que a su vez se corresponden con los tres órdenes a partir del cual se estructura el sujeto.

En los postulados del psicoanálisis clásico con respecto al proceso de constitución subjetiva el niño parte como algo inseparable de su madre, sin distinción entre el yo y el otro, entre el bebé y la madre. Por ende, sin sentido del yo ni identidad individualizada. Por lo tanto Lacan (1957-1958), al plantear la distinción entre necesidad, demanda y deseo, establece que el bebé se conduce por la necesidad; necesita comida, necesita confort y seguridad, necesita que lo cambien, etc. Entonces, el bebé que aún no ha hecho su diferenciación yo-otro, tiene sus necesidades satisfechas sin identificar el objeto satisfactor. Lo cual solo existe en el campo de lo real, puesto que cuando Lacan (1953) eleva el concepto de real como categoría fundamental, convirtiéndolo en parte de uno de los tres órdenes de su metapsicología, refiere que en el mismo no se da ni presencia ni ausencia, nada puede aparecer o desaparecer, se encuentra situado más allá de lo simbólico (Sánchez-Barranco, 2006). En lo Real entonces, es todo completud y no hay necesidad que no pueda ser satisfecha, motivo por el cual tampoco hay lenguaje.

Cuando el infante comienza a diferenciar su cuerpo y el resto de las cosas en el mundo, pasa a tener demandas en vez de necesidades, pero para realizar una demanda necesariamente debe mediar el reconocimiento desde otro. A partir de ello, demanda una reunión, un retorno al sentido original de plenitud como en el campo de lo real. Puesto que reconoce, a nivel inconsciente, la idea de un otro que existe y le demanda ser llenado para volver a sentir la unidad original. Debido a que el infans es incapaz de ejecutar las acciones específicas que van a satisfacer sus necesidades biológicas debe expresarlas en forma vocal para que otro (la madre y en caso de inconsistencia parental la persona que ocupe ese lugar desde la institución), realice aquellas acciones; que a su vez adquiere la importancia adicional de dar prueba del amor del Otro (Evans, 2007). Refiere que los gritos del infante se organizan en una estructura lingüística mucho antes que el niño pueda articular palabras reconocidas (Evans, 2007). La demanda se comienza a destacar en la obra de Lacan a partir de 1958, aunque en el seminario de 1956-57 ya aparecen temas

relacionados con ella puesto que allí, Lacan examina el llamado, el grito que el bebé dirige a la madre (Evans, 2007).

La fase de la demanda y la del espejo, se corresponden con el reino de lo imaginario, puesto que como se explicará más adelante, la imagen del yo se forma mediante una identificación imaginaria con la imagen del espejo (Sanchez-Barranco, 2006). Mediante la identificación con el pequeño otro se constituye el ego, lo cual significa que el yo y el orden imaginario en sí, son ambos sede de una alienación radical siendo esta última constitutiva del orden imaginario. “Lo imaginario es el reino de la imagen en la imaginación, el engaño y el señuelo” (Evans, 2007, p. 109). Teniendo en cuenta, a su vez, que refiere a una situación preedípica y prelingüística basada en la imagen especular.

El niño logra una autoidentificación con su propio otro al pasar por el estadio del espejo con su imagen reflejada, dada la proyección del yo en una imagen especular, dando cuenta del elemento de alienación que conlleva (Sánchez-Barranco, 2006). Es entonces que ingresa en el reino Simbólico a partir de que puede enunciar su propio yo, puede designarse a sí mismo como yo y es por ello que el orden simbólico llega a ser básicamente una dimensión lingüística, cuya esencia es el significante (Sanchez-Barranco, 2006).

El Otro es una posición estructural en el orden simbólico, lugar con el que se intenta converger para acabar con la separación yo-otro, siendo lo simbólico el terreno donde Lacan (en Sanchez-Barranco, 2006) se refiere a Otro. Pero el Otro al ser el centro, puesto que el inconsciente es el discurso del Otro, es algo con lo que no se puede converger, por lo que la posición del Otro crea y sostiene una interminable pérdida que Lacan llama deseo, el cual por definición nunca puede completarse y siempre es el deseo de ser el Otro. Las necesidades que la demanda expresa pueden satisfacerse pero el anhelo de la demanda de amor es incondicional e insatisfacible por lo tanto, persiste como un resto que constituye el deseo (Evans, 2007). Teniendo en cuenta que el deseo para Lacan siempre se refiere al deseo inconsciente, el cual es enteramente sexual (Evans, 2007). Puesto que el deseo surge originariamente en el campo del Otro, es decir, en el inconsciente.

Se recuerda que el lugar de otro, siempre refiere a lugares a ocupar y no a un sujeto determinado. Con respecto a la población de interés en el presente trabajo, quienes se encuentran privados total o parcialmente del cuidado parental, en algunas circunstancias desde su nacimiento, se considera que dicho lugar lo ocuparon personas pertenecientes a la institución, pero lejos de una familia constituida y dentro del ámbito institucional. Lo cual genera inevitablemente, ciertas perturbaciones en los procesos que de todas formas se

pueden concretar puesto que un referente del hogar ocupará ese lugar. No obstante, el tema en cuestión pondrá su acento en la reedición de dichos procesos durante la adolescencia, teniendo en cuenta que los lugares a ocupar respecto a la contención y educación del adolescente estarán mediados por una relación laboral, cumplimientos de horarios, cambio continuo de personal, entre otros.

4.3 .3 Los tres tiempos del Edipo para Lacan, el Otro, la institución:

Como se estableció anteriormente, por medio del estadio del espejo aparece la experiencia de identificación donde el niño realiza la conquista de la imagen de su propio cuerpo, identificación primordial que va a promover la estructuración del yo. Lacan, en su escrito El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica (1949), indicaba que en esta fase el niño o la niña se ven reflejados en el espejo por primera vez y comienzan a adquirir y construir el sentido de su identidad como individuos separados de la madre y de los otros. Este movimiento a nivel subjetivo determinará una doble alienación en la construcción del yo. Por un lado, una alienación imaginaria, mi identidad construida por el reflejo, por la imagen que me devuelve el otro y por otra parte, una alienación simbólica, mi deseo capturado en el deseo del Otro, primer otro primordial quien ocupa el lugar de madre.

Cuando el niño se identifica en el espejo demuestra un primer acto de inteligencia y establece una relación libidinal con la imagen de su cuerpo, se comienza a desarrollar una subjetividad y una creencia en un orden imaginario. Es así que el niño muestra júbilo y fascinación dado el investimento libidinal puesto en juego del que lo mira mirarse, "La libido es la condición misma de la identificación simbólica" señala Lacan (1936) en el congreso de Merienbad (en Casas, 2001). La relación libidinal con la imagen genera ciertos conflictos, puesto que no distingue lo real de lo irreal en la imagen, generando un conocimiento paranoico. El niño se percibe como fragmentado y la generación del Yo se comienza a dar por este desconocimiento.

La imagen del cuerpo propio en el espejo, es el soporte de la identificación primaria del niño con su semejante y se constituye en la fuente de las identificaciones secundarias que le permitirán al sujeto, establecer y organizar su relación con la cultura.

Al salir de la fase identificatoria del estadio del espejo, el niño sigue en una posición particular con respecto a su madre al tratar de identificarse con lo que él supone que es el objeto de su deseo. En la fase fálica el niño desea sexualmente a uno de sus padres y en el

lugar de una genitalidad inexistente se desarrolla en el niño la fantasía de poseer un falo todopoderoso (Nasio, 2013). En este momento, según Lacan (en Nasio, 2013) nos encontraríamos en el primer tiempo del Edipo, donde la proximidad de los intercambios entre el niño y la madre, ponen al niño en la situación de hacerse objeto de lo que se supone le falta a la madre, y este objeto susceptible de satisfacer la falta del otro es el falo. El niño quiere constituirse él mismo como falo materno por lo que en este primer momento del Edipo el deseo del niño permanece sujeto al deseo de la madre (Nasio, 2013).

Con Lacan, el falo va a ser instituido como el significante primordial del deseo en la triangulación edípica, y el complejo de Edipo se representará alrededor de la localización respectiva del lugar del falo en el deseo de la madre, del hijo y del padre (Dor, 2009).

El niño está alienado por la problemática fálica a la manera de la dialéctica del ser: ser o no ser el falo, pero solo puede haber una relación de fusión con la madre en la medida en que no aparezca ningún tercer elemento en la identificación del niño al falo de la madre (Dor, 2009). El surgimiento de tal oscilación entre ser o no ser el falo, anuncia el segundo momento del complejo de Edipo, en el que el niño es introducido en el registro de la castración por la intrusión de la dimensión paterna.

En el segundo momento del Edipo para Lacan, la mediación paterna interviene como privación en la configuración de la relación madre-hijo-falo, y de parte del niño se vive la intrusión de la presencia paterna en registros como prohibición, frustración y privación (Dor, 2009).

Establece Dor (2009), que es el significante del Nombre del Padre el que marcará el rumbo y estructurará la situación edípica. Según Lacan (en Dor, 2009) con más frecuencia la función fundamental del Edipo recubre la función paterna, la cual es comprendida como algo radicalmente diferente de la presencia paterna en concreto o, en su caso, de cualquier inconsistencia paterna, la institución, sino que refiere a la determinación de un lugar que le otorga una dimensión simbólica. Puesto que se trata de un significante que aparece en el lugar de otro significante, reemplaza a otro significante (Dor, 2009).

Entonces el triángulo madre-hijo-falo es una tríada imaginaria preedípica, el Edipo solo aparece con la introducción del cuarto elemento, el padre; y la tríada imaginaria deviene cuarteto simbólico. Como establece Nasio (2013), el niño se siente decepcionado al comprender que no es el falo de su madre, al descubrir que el objeto de deseo de la madre

está en el padre y no en él, ya que a la tríada imaginaria se le agrega el cuarto término que los abarca a todos ellos y los liga en la relación simbólica.

Establece Dor (2009) que "en cuanto a la castración, la falta a la que se refiere es simbólica, puesto que se remite a la prohibición del incesto que es la referencia simbólica por excelencia" (p.96). Motivo por el cual la función paterna rige el acceso del niño a lo simbólico, no obstante en la castración el objeto faltante es absolutamente imaginario, el falo.

Desde el punto de vista del niño, el padre interviene como prohibición, puesto que se le presenta como alguien que tiene derecho en lo que concierne a la madre pero lo vive como una frustración cuestionando su identificación fálica y renunciando a ser el objeto del deseo de la madre. El padre priva a la madre del falo que ella supuestamente posee en el hijo identificado con el objeto de su deseo (Dor, 2009).

En este encuentro con la ley del padre se enfrenta a la castración, debido a la mediación introducida por el padre, se coloca el mismo en un lugar en el que sólo puede aparecer como depositario del falo, supuesto poseedor del objeto del deseo de la madre, en lo que refiere al padre simbólico. Por lo que hay una determinación del niño, con respecto al objeto fálico, al término de este segundo momento del Edipo, ya que no puede ser el objeto fálico deseado por la madre y se ve obligado por la función paterna no solo a aceptar que no es el falo sino también a aceptar que no lo tiene, dada la incidencia del complejo de castración (Dor, 2009).

Terminado este segundo momento del Edipo, el padre quedaría en el lugar del falo pero Lacan anteriormente habría dicho que el falo "no se tiene ni se es", por lo que en un tercer momento del Edipo el padre ya no será específicamente el falo.

Según Dor (2009) el tercer momento del Edipo para Lacan consiste en la declinación del mismo, donde se pone término a la rivalidad fálica frente a la madre. El padre ha sido investido con el atributo fálico y debe demostrarlo como dice Lacan, al intervenir en aquel momento no como el que es el falo sino como aquel que lo tiene. Por medio de la simbolización de la ley el niño demuestra que ha comprendido su significado respecto a la localización del deseo de la madre (Dor, 2009). Por lo que la ubicación del falo es estructurante para el niño, cualquiera sea su sexo, ya que el padre, supuesto poseedor, se hace preferir por la madre; prueba clara de la instalación del proceso de la metáfora paterna y del mecanismo intrapsíquico de la represión originaria (Dor, 2009).

Por lo que en este tercer momento, el padre tampoco es el falo, sino que el falo pasa a ser algo que circula y por eso es la causa del deseo; se recuerda lo que decía Freud respecto a que el deseo inconsciente no se colma, y Lacan, respecto a que hay un significante que falta.

4. 4 Vínculo primario, la institución:

Se tiene en cuenta que cierta cantidad de los adolescentes institucionalizados actualmente, se encuentran en dicha situación desde edades muy tempranas como medida extrema. Los procesos anteriormente referidos respecto a la constitución de las instancias psíquicas se desarrollan dentro del dispositivo de acogimiento residencial en el que se encuentran y luego las posteriores transformaciones psíquicas propias de la adolescencia tendrán lugar en relación a esas primeras inscripciones en el aparato psíquico.

Se considera relevante cuestionar la funcionalidad de las instituciones al prestar una figura de sostén a ese niño en plena constitución psíquica puesto que el ser humano nace con un desamparo original y es crucial la presencia de otros que presten psiquismo en la etapa de indefensión que el infans atraviesa. Motivo por el cual la ausencia de estos otros estables y dispuestos a estimular y contener deja marcas en la identidad primaria de los orígenes al no prestar un apego de características seguras (Charbonier, 2019). Figuras que a través de los cuidados físicos necesarios para la sobrevivencia vayan estableciendo un lazo afectivo de sostén y apego, en el encuentro corporal a través de miradas y palabras (Charbonier, 2019). Al decir de Bleichmar (2007), donde el niño progresivamente vaya logrando una autorregulación afectiva a través de la heterorregulación. Mientras que el niño, niña o adolescente institucionalizado se encuentra viviendo en centros de 24 horas con rotación de personal y otra cantidad de niños, niñas y adolescentes que conviven, lo cual dificulta construir vínculos estables que oficien como figuras de apego.

Se considera que antes de transcurrido los doce primeros meses de vida todo bebé haya desarrollado un fuerte lazo con una figura materna (sin referir necesariamente a la madre biológica), aunque pueda variar la rapidez con que se forma dicho lazo, su duración y la función que cumple el mismo. Establece Bowlby (1986) que en un ambiente familiar, alrededor de los tres meses el bebé manifiesta cierta discriminación perceptual reaccionando de manera diferenciada a la madre.

Bowlby, (1986) refiere a la existencia de diferentes tipos de apego, por un lado el apego seguro, posibilitado por una base segura para el niño donde él mismo ha introyectado una

figura que lo calma y contiene. En cambio un apego inseguro se muestra ambivalente y evitativo, donde la figura de sosten se muestra inconsistente e inestable, provocando en el niño ansiedad, agresividad y baja tolerancia a la frustración.

Plantea Winnicott (1981) que si bien la criatura humana cuenta con una tendencia al crecimiento y desarrollo heredada biológicamente, sólo puede comenzar a construir su ser en ciertas condiciones, puesto que ese ser dependerá de qué tan favorables o desfavorables sean las mismas. El autor conceptualiza la dependencia del recién nacido, debido a la mencionada prematurez, en tres grados. Un primer momento de dependencia absoluta donde el niño no dispone de los medios para percibir los cuidados que ejerce sobre él quien se encuentra cumpliendo la función materna, estableciendo que un fracaso en los mencionados cuidados implica una amenaza a la continuidad del ser.

Un segundo grado remite a una dependencia relativa donde el niño comienza a percibir los cuidados recibidos y su necesidad respecto a los mismos (Winnicott, 1981).

Mientras que el tercer momento establecido por Winnicott (1981) refiere a la independencia donde la criatura comienza a crear los medios que permitan gradualmente prescindir de dichos cuidados, lo cual implica cierto desarrollo de sus capacidades intelectuales y la confianza en su medio.

Desde la perspectiva de algunos autores de la teoría psicoanalítica dicha figura de sostén se presenta como un otro que presta psiquismo para que el niño se pueda ir constituyendo a partir de las diferentes inscripciones en el aparato psíquico. Se menciona anteriormente que durante el tránsito por el estadio del espejo se da lugar a un investimento libidinal, donde el niño muestra júbilo y fascinación al ver la imagen que le devuelve ese Otro (Lacan, 1936). Comienza a constituir el yo desde la identificación con la imagen que le devuelve el reflejo y con el deseo del Otro (Lacan, 1949). Motivo por el cual el presente trabajo tiene en cuenta la funcionalidad de ese Otro cuando viene desde la institución, por medio de diferentes actores institucionales.

El adolescente que pasa a ser institucionalizado durante el transcurso de su adolescencia, por diversos motivos que llevan a que el orden judicial lo indique, otorgó ese lugar a ciertos sujetos durante su niñez (padre y madre simbólicos) y ahora convive dentro de la institución de acuerdo a esos primeros vínculos con el Otro. Se trata de una actividad primitiva y rudimentaria que antecede y condiciona las próximas reediciones, propias de la adolescencia, que comenzarán a desplegarse dentro de la institución.

5. Reestructuración psíquica:

5.1 Reestructuración del psiquismo en la adolescencia:

Se adelantó anteriormente que la adolescencia es un nuevo periodo libidinal, en el cual las transformaciones que acontecen se deben en parte a la subordinación de todos los orígenes de la excitación sexual bajo la primacía de las zonas genitales. Empezando el proceso del hallazgo del objeto, donde el aparato psíquico necesita transformaciones (Freud, 1905).

Kancyper (2007) refiere a la adolescencia como el momento de la resignificación retroactiva, donde se alcanza por primera vez la identidad sexual genital como un fenómeno psicológico y social.

Establece Janin (2018) que se da lugar a una reestructuración de los contenidos representacionales inconscientes y preconcientes, donde se reorganizan los límites entre ambos sistemas.

Como se mencionó anteriormente al explicar la vivencia de satisfacción, el mecanismo psíquico se establece a partir del material existente en las huellas mnémicas, las cuales experimentan en la adolescencia una reorganización, reinscripción, reedición y reestructuración. Condicionando todas las instancias psíquicas: el yo, el ideal del yo, el superyo y el yo ideal; lo cual genera un choque de sentidos debido a las nuevas demandas del adolescente referidas a su identidad sexual (Kancyper, 2007).

Refiere Cao (2013) que el sujeto al abandonar la infancia pierde no solo sus recursos, sino también la estructuración psíquica que laboriosamente construyó.

En la adolescencia se manifiestan las consecuencias de aquellas impresiones y huellas mnémicas de la infancia que permanecieron en el psiquismo sin constituir por ellas mismas un trauma, sin haber producido efectos patógenos. En éste periodo las mismas se resignifican debido a la maduración orgánica, el incremento de la pulsión y la reestructuración de las diferentes instancias del aparato psíquico (Kancyper, 2004).

Janin (2018) ejemplifica la situación refiriendo que “alguien llega con un mazo de cartas, pero al entrar en la adolescencia se baraja y se da de nuevo, o sea: está el mazo, pero las combinaciones resultantes pueden no ser previsible” (p. 132).

Con respecto a la reestructuración en el yo del adolescente, se estableció que Freud (1923), para definir al yo, refiere al individuo como un ello psíquico sobre el cual se asienta el yo como una superficie. Establece que “el yo es la parte del ello alterada por la influencia directa del mundo exterior con mediación del preconscious” (Freud, 1923, p. 26).

Si bien el adolescente asume un rol activo respecto a dicho periodo libidinal de reestructuración, el mismo se ve obligado a presenciar pasivamente una serie de modificaciones físicas y hormonales, sumado a un conjunto de demandas que vienen desde lo social, ya sean pares o adultos.

Se da entonces un fenómeno de despersonalización por la contradicción existente entre el cuerpo que se va haciendo adulto y una mente que sin embargo continúa en la infancia, acompañada de la angustia ante lo desconocido propia de dichos cambios corporales (Kancyper, 2007).

En este nuevo periodo, establece Kancyper (2007), que las inscripciones anteriores que no alcanzaron una inscripción simbólica en un contexto significativo, cobran un valor patógeno retroactivamente. En esta etapa de reinscripción, se da lugar al encaje de un sentido correspondiente a la etapa adolescente en el interior del otro anterior, en cuyo orden se instala. Continúa Kancyper (2007), afirmando que la mezcla entre estos sentidos impide al adolescente ordenar un deseo propio y discriminado, dando lugar a la confusión y despersonalización que genera angustia.

Dentro de dicha reestructuración, se reactualizan los deseos preedípicos y edípicos generando una modificación en el superyó del adolescente el cual deja de prohibir la actividad sexual y promueve el ejercicio genital (Kancyper, 2007). Plantea que el superyó del adolescente impone nuevamente la prohibición del incesto aunque permitiendo la exogamia de la sexualidad. El adolescente es el único responsable de su superyó, puesto que el mismo se desprende de las nuevas relaciones de objeto, mientras que anteriormente correspondía a la prohibición de los padres debido a sus demandas (Kancyper, 2007).

Plantea Cao (1994) que durante la adolescencia refloatarán los restos hundidos del complejo de Edipo dando lugar a una reedición del mismo en un nuevo contexto. El tránsito por dicha reedición permitirá el acceso a otro nivel de elaboración si es que las condiciones internas del sujeto logran combinar las variables de los contextos familiar, institucional y social;

piénsese que en un hogar de residencia estatal los tres variables ya se encuentran combinadas continuamente en el cotidiano.

También las normas correspondientes al ideal del yo, están todavía ligadas al objeto incestuoso por lo que debe renunciar a las mismas. Motivo por el cual Kancyper (2007), refiere que el adolescente “necesita alejarse de aquello que hasta ese momento constituyó su fuente de seguridad: sus identificaciones parentales y su ideal del yo” (p. 34).

Durante la niñez los padres constituyen una imagen idealizada para el niño la cual debe abandonar y así encontrar ideales nuevos en otras figuras en sus también nuevos espacios de socialización.

El yo ideal consiste en una formación narcisista que tiene lugar durante el estadio del espejo, por lo que pertenece al registro imaginario (Kancyper, 2007), justamente en la adolescencia la posibilidad de perder la dependencia infantil pone a prueba la estabilidad del sistema narcisista donde asienta el yo ideal volviendo su reestructuración potencialmente dramática. Mientras que el yo deberá articular los objetos del mundo disponibles con los objetos de deseo originarios, los cuales serán referentes de sus estilos relacionales, con los otros y con ellos mismos (Viñar, 2009).

Entonces el espejo, teniendo en cuenta la acepción identificatoria que le atribuyeron Lacan (1949) y Winnicott (1967) para la primera infancia, vuelve a tener una importancia ineludible en esta etapa (Viñar, 2009). Se observa que para el adolescente su diario íntimo, su mejor amigo o su grupo de pertenencia, adquieren una importancia ineludible tomándolo como su interlocutor privilegiado, como ese Otro privilegiado, investido libidinalmente. Lo cual se ve reflejado en el modo de vestirse, de hablar y en sus gestos. Es por ello que Viñar (2009), refiere que se debe destinar más tiempo a pensar cómo orientar estos vínculos privilegiados en base al vínculo con el Otro, en vez de reprimirlos.

Se destaca que el condicionamiento por parte de la institución en dichos procesos de reestructuración necesarios genera en el ámbito singular del sujeto la activación de procesos neuróticos (inhibiciones, fobias, desórdenes narcisistas, entre otros) o psicóticos (derrumbe del falso self, etc.). Con respecto a lo social, se consideran sus correlatos de marginación y violencia, dando lugar a la inadaptación y rechazo categórico a las pautas culturales (Cao, 1999).

5. 2 Las identificaciones y la identidad en la adolescencia

Al abordar la cuestión de las identificaciones y la construcción de la identidad centrando la atención en los adolescentes institucionalizados, se pretende enmarcar la misma poniendo acento en la previa constitución psíquica y la propia reestructuración psíquica. En este sentido se aleja de otros conceptos fuertemente relacionados como la producción de subjetividad. No obstante se vuelve difícil discernir los límites entre estas definiciones.

Tomando los aportes de Bleichmar (2003), se define a la subjetividad como un concepto que tiene que ver más con lo sociológico que con lo psicoanalítico. Entendiendo que según la autora, la producción de subjetividad refiere al modo en que las sociedades determinan las formas en que se constituye el sujeto, fuertemente marcado por lo histórico, integrándose a sistemas que le otorgan un lugar.

La identidad tampoco es solamente el resultado de procesos intrapsíquicos sino que también intervienen aspectos psicosociales en tanto siempre hay figuras donde identificarse, nuevos objetos en relación a los originarios.

Desde el punto de vista de la constitución psíquica los cambios psicológicos que se producen en este periodo llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo, lo cual es posible a partir de la elaboración lenta y dolorosa del duelo por el cuerpo del niño, la identidad infantil y la relación con los padres de la infancia (Aberastury y Knobel, 1986). La imagen que tiene el o la adolescente de su cuerpo y su identidad han cambiado y precisa de una ideología que permita su adaptación al mundo.

En la adolescencia las identificaciones, desde el punto de vista psicoanalítico, cumplen un rol protagónico para el desarrollo de la identidad. Kancyper (2007) refiere que durante la adolescencia tiene lugar el reordenamiento identificatorio donde se disuelven los lazos afectivos con determinados objetos propios de la infancia posibilitando el acceso a la configuración de nuevas identificaciones. Como se estableció anteriormente se trata del encaje de un sentido en el interior de otro y en cuyo orden se instala, por ello Cao (1997), refiere a una reedición.

Establece Kancyper (2007) que el niño no puede desarrollar su identidad libre del poder enajenante del narcisismo parental por lo que el reordenamiento de la identidad propio de la adolescencia se encuentra condicionado por sus vínculos primarios.

En el periodo de la adolescencia, que oscila entre la desorganización de la identidad infantil y la reorganización de la identidad adulta, se da lugar, como establece Kancyper (2007), al proceso de desidentificación con el objeto endogámico por medio de la unión a objetos culturales pertenecientes al exogrupo que no comparte los mismos antecedentes; lo cual es equiparado a la destrucción del anterior objeto dando lugar a intensos sentimientos de culpa.

Plantea Janin (2018) que “el grupo de pares pasa a ser el mediador entre la situación infantil endogámica, el hallazgo de objeto y el desasimiento de las figuras de los padres” (p.131). Funciona como un resguardo narcisista posibilitando ser alguien en el mundo.

En los hogares residenciales de INAU donde se encuentra una cantidad considerablemente diversa de actores institucionales a la vez que niños, niñas y adolescentes, las relaciones interpersonales y los vínculos establecidos son múltiples y dinámicos. Teniendo en cuenta la rotación de funcionarios como el ingreso y egreso de niños, niñas y adolescentes. Por lo tanto, la solidez del endogrupo disminuye dado el dinamismo y heterogeneidad del mismo, dificultando la generación de vínculos estables donde identificarse y a partir de los cuales realizar el reordenamiento identificador propio de la adolescencia en relación al exogrupo. A su vez se convive con el grupo de pares tanto dentro como fuera de la institución. Motivo por el cual se considera que en la institución el exogrupo y el endogrupo se encuentran escasamente definidos.

Cao (1997) refiere que el adolescente, como sujeto semiautónomo, presenta la finalidad no siempre explícita ni consiente de obtener un primer lugar de anclaje dentro del imaginario social de la cultura a la que pertenece. Motivo por el cual adquiere una identidad por pertenencia, donde ocupa lugares permitidos y asignados en relación a un proyecto identificador que promueve de futuro al yo y garantiza la inclusión del sujeto en dicha cultura. Por lo que en este proceso de reapropiación identitaria se establecen las coordenadas de un proyecto de vida marcadas por una singularidad y un estilo. En este sentido Viñar (2009), afirma que el diseño de una definición de sí mismo realizada por el o la adolescente es una experiencia inaugural y fundante para siempre.

Respecto a los adolescentes institucionalizados, teniendo en cuenta quienes se encuentran en dicha situación desde el año de vida, la relación identificatoria con la figura parental se

generó dentro de la institución, mediada por el abandono. Siendo que lo que perdura en el imaginario del adolescente es la institución misma, más allá del funcionario que personifique la situación y establezca el vínculo de sujeto a sujeto. Entonces es de la institución misma que debe desidentificarse, poniendo a prueba la estabilidad de los sistemas narcisistas en los planos intrasubjetivos e intersubjetivos, interviniendo en la reestructuración de todas sus instancias psíquicas (Kancyper, 2007). Las nuevas identificaciones se promueven dentro de la misma institución en el relacionamiento con los pares, más allá de los nuevos ámbitos de relacionamiento fuera del hogar.

En este proceso de desidentificación en relación a la institución, se disuelven los lazos afectivos con determinados objetos de la infancia, que tuvieron lugar dentro de la institución, posibilitando el pasaje a otros. Estas identificaciones son alienantes para el sujeto refiere Fiamberg (en Kancyper, 2007) porque el sujeto se somete inconscientemente a las historias de otro, que sería el narcisismo parental y su identificación con él alienada del Yo. “La identificación es a la vez estructurante y alienante” (Barenger, Goldstein y Goldstein, 1989, s/p) por lo que la cura psicoanalítica debe apuntar a la desalienación. En este sentido refiere Kancyper (2007) que la historización, como proceso esencial del psicoanálisis, permite reordenar las identificaciones alienantes del sujeto en un proceso de apropiación, reenganche y desenganche. Entonces la importancia de que el adolescente vaya elaborando una historia que oficie para la construcción de un proyecto de vida, que le atribuya un sentido, donde tome nuevas identificaciones del exogrupo.

En el proceso de desidentificación de las identificaciones alienantes, la agresividad aparece como un componente necesario por la confrontación generacional debido a ambos sistemas narcisistas en pugna (el del adolescente institucionalizado pero también la de ese Otro conformado por las figuras parentales desde la institución). Se produce la liberación de la pulsión de muerte, la cual podría ligarse a las nuevas identificaciones o manifestarse a través de la culpa o necesidad inconsciente de castigo (Kancyper, 2007).

Al dejar de lado las antiguas identificaciones alienantes, se da lugar a un proceso de creación puesto que se genera un nuevo producto que pone a prueba la estabilidad de la organización identificatoria, ya que se trasgreden los mandatos endogámicos.

Se da lugar a un desplazamiento ya sea desde las figuras parentales a los adultos superiores o de los hermanos a los pares, en sus nuevos ámbitos de inserción social. No obstante, en la institución la figura parental se comprende por el conjunto de superiores que son los funcionarios adultos y sus relaciones fraternas tienen lugar en el relacionamiento entre los pares de la institución con los cuales no comparten los mismos antecedentes.

En cambio, el o la adolescente institucionalizado durante dicho periodo desarrolla el

reordenamiento identificatorio en base a las identificaciones adquiridas durante la infancia, en relación a un otro personificado por sujetos con los que actualmente mantiene contacto parcial o nulo. Sobre la base de dichas identificaciones comienza a incorporarse a nuevos grupos de pertenencia dentro de la institución en un contacto cotidiano y continuo con una variedad heterogénea de adolescentes y en relación a un otro que ahora es la institución.

5. 3 Confrontación generacional:

Para la adquisición de la identidad individual y social se vuelve esencial el inevitable proceso de confrontación generacional, siendo necesario el despliegue de un juego de oposiciones para el proceso de reordenamiento identificatorio.

En el niño la visión que tiene del exterior se encuentra enteramente condicionada por el campo familiar y la forma en que la familia reacciona ante la sociedad. Incluso en los demás ámbitos fuera del campo familiar en los que participan, como la escuela, siguen teniendo a los padres como referencia.

En esta misma línea refiere Dolto (1990) que comienza una segunda vida imaginaria en el umbral de la adolescencia estableciendo un quiebre en los once años. El sujeto entrando en la adolescencia, se encuentra interpelado por este mundo imaginario exterior al cual ha tenido acceso hasta entonces de acuerdo a la opinión política de los padres. Entonces al comenzar a penetrar socialmente en temas fuera del campo familiar que lo preparan para la vida real, aunque sigue teniendo a los padres como referencia, el adolescente podrá tomar modelos exteriores en vez de intrafamiliares los cuales no son sustitutivos sino relevos para su toma de autonomía adolescente (Dolto, 1990).

Aparece entonces la necesaria abnegación de la autoridad parental y fraterna, con un gran componente angustiante. Plantea Kancyper (2007), que no pueden prevalecer las relaciones de objeto de tipo narcisista donde el otro no es considerado diferente ni separado con el fin de garantizar la omnipotencia y la cohesión del medio familiar, siendo la falta de ese otro discriminado lo que imposibilita la necesaria confrontación generacional.

Para que se despliegue la necesaria discriminación y oposición entre las generaciones, la agresividad toma un papel importante, para posibilitar la admisión del objeto como exterior a uno, instalando una tensión entre opuestos (Kancyper, 2007).

Por lo que Aberastury y Knobel (1985), consideran que el adolescente provoca una verdadera revolución en su medio familiar y social generando un problema generacional no siempre resuelto satisfactoriamente, puesto que también los padres viven los duelos por el

hijo, su identidad de niño y su relación de dependencia infantil. Esto da lugar a la aceptación del devenir de parte de ambos, del envejecimiento y con ello la muerte, aceptando el comienzo de una relación llena de ambivalencias y críticas. En esta misma línea, ambos autores destacan otra problemática, más bien social, afirmando que no se trata de una adolescencia difícil sino de una sociedad difícil, incomprensiva y hostil con el adolescente, ante la autonomía y el crecimiento del mismo. Respondiendo los padres con una actitud de resentimiento y reforzamiento de la autoridad lo cual hace más difícil el proceso de confrontación generacional (Aberastury y Knobel, 1985).

Como se ha referido en el desarrollo del presente trabajo, las condiciones cambian cuando el adolescente no se encuentra en contacto directo y cotidiano con su madre y padre, sino dentro de la institución. Refiere Kancyper (2007), que es menester que el padre resigne su propia adolescencia para ejercer su función paterna, que resuelva los variados duelos caracterizados por una multicausalidad propia de la adolescencia; esto no garantiza que el funcionario de la institución donde se encuentra el o la adolescente lo realice. Es entonces donde se puede dar lugar a un borramiento de la diferencia generacional y en lugar de la confrontación se puede instaurar la provocación, la evitación o la desmentida de la brecha generacional, afectando el desarrollo de la identidad del adolescente (Kancyper, 2007).

Es necesaria la presencia de otro como una alteridad, que no sea ni blanda ni arbitraria, posibilitando la tensión de la diferencia entre los opuestos, sobre la concepción de que ser oponente no refiere a ser enemigo. Debido al juego de oposiciones se da lugar a las identificaciones, desidentificaciones y reidentificaciones, lo cual se observa durante todas las etapas del desarrollo pero en la adolescencia es indicio de la superación del Edipo y condición de la terminación del desarrollo sexual (Kancyper, 2004).

En este proceso de confrontación generacional entre ambas partes, donde se promueve la identificación con el progenitor, algunos aspectos del mismo serán rechazados para acceder a otro nivel de identificación que promueva una posición más autónoma e independiente.

Motivo por el cual Kancyper (2007), refiere a un “nuevo producto” dado el reordenamiento identificatorio a partir del acto de confrontación, lejos de ser un acto de identificación pasiva a partir del modelo identificatorio propuesto por los padres. Kancyper (2004), establece que “el ejercicio de la libertad y el ejercicio de la confrontación que posibilitan una vida creativa, requieren de un constante proceso de liberación de las amarras del inconsciente y de los obstáculos medio ambientales” (p. 112). El sujeto realiza un proceso de separación interna con la finalidad de despojarse de lo que hasta el momento ha tomado como objeto, acto que va desde lo intrapsíquico a lo psicosocial, condicionado por los factores ambientales.

Tomando las nuevas identificaciones como relevos antes que sustitutos de sus objetos originarios.

Con respecto al relacionamiento cotidiano del adolescente institucionalizado con distintos referentes adultos, Kancyper (2007), refiere que en un niño desamparado, educado sin amor, la falta de tensión entre el yo y el superyó genera que toda su agresión se dirija hacia afuera. En cambio, la presencia de un padre desmedidamente blando e indulgente ocasiona la formación de un superyo hipersevero y bajo la impresión de amor que recibe no tiene otra salida que volcar su agresión hacia adentro. Motivo por el cual se observa en el próximo apartado la heteroagresividad y autoagresividad como modo de expresión de los adolescentes institucionalizados frente a situaciones de conflicto y angustia. Entendiendo que se encuentra institucionalizado como medida extrema debido a serias situaciones de exposición a la violencia, desamparo y vulneración de derechos, que ponen en riesgo su integridad.

5. 4 La actuación como modo de expresión en la adolescencia:

Se tiene en cuenta el trabajo psíquico y vincular a llevar a cabo por el adolescente al atravesar los procesos de reconfiguración, reedición y reestructuración psíquica anteriormente descritos en relación a los objetos originarios. Lo cual implica atravesar situaciones de crisis debido a la metamorfosis psíquica y física propia de este periodo, junto a un gran componente angustiante.

La adolescencia es un periodo de transición, de transformación y cambios permanentes, donde se pondrán en juego antiguos conflictos y saldrán a la luz representaciones arcaicas. Plantea Janin (2018) que las consultas de los mismos en el ámbito clínico son frecuentemente por actuaciones, conductas impulsivas, angustias, agresiones y desbordes, siendo relevante la escucha para entender qué nos dicen esas conductas. Se tiene en cuenta que la angustia y la depresión que acompañan a los adolescentes por la presente situación de tránsito pueden ser ubicadas como parte de un cuadro psiquiátrico tendiendo a callarlas, lo cual plantea Janin (2018) que sería pensarlos por fuera del entramado psíquico y social que los constituye.

Los mencionados procesos tienen lugar junto a la discriminación y oposición en relación al otro, para lo cual se vuelve indispensable la abnegación hacia la autoridad parental y fraterna de parte del sujeto (Kancyper, 2007).

Teniendo en cuenta la población de interés en el presente trabajo, se suma la exposición a situaciones de violencia y la condición de institucionalización, donde los diferentes procesos

de reconfiguración psíquica anteriormente descritos tienen lugar apelando a diversos mecanismos en sus procesos de individuación. Se considera la actuación en estos adolescentes como conductas de riesgo, entendida como una forma desesperada de sentir la existencia frente a la sensación de vacío (Le Breton, 2003).

Respecto a mi experiencia laboral con adolescentes institucionalizados he tomado contacto con los mismos en el contexto de una clínica de internación psiquiátrica en estado agudo, siendo que su ingreso viene precedido por diversos modos de pasaje al acto.

El interés del presente apartado va dirigido a la actuación como modo privilegiado de expresión adolescente debido al periodo de crisis transitado, sumado a la exposición a situaciones de violencia, desamparo y vulneración en los adolescentes institucionalizados. Refiere Le Breton (2003) que si las transformaciones físicas de la pubertad se realizan en un contexto relacional donde el adolescente se siente solo, insignificante o poco querido, probablemente viva esta experiencia de manera dolorosa. La falla en la contención por parte de las familias disociadas, conflictivas o cuya figura paterna está ausente, lleva a los hijos a privilegiar la cultura de la calle en contacto con sus pares.

En Lozano, et al. (2019), citando a la Organización mundial de la Salud se considera que la exposición a violencia desde edades tempranas impacta en el desarrollo neurológico generando estrés. Provocando efectos secundarios mortales vinculados al consumo de sustancias psicoactivas, intentos de autoeliminación y suicidios, aborto provocado en situaciones de riesgo, infección por VIH, entre otros.

Se diferencian los términos violencia y agresividad, siendo esta última una reacción innata del ser humano, natural y biológicamente determinada, mientras que la violencia consiste en un fenómeno complejo producto de la influencia y la evolución cultural, una conducta socioculturalmente aprendida y por ende evitable.

El adolescente suele percibir una gran violencia en sí mismo y a su alrededor, como respuesta a la amenaza narcisista y la depresión, expresando sus emociones, pulsiones e ideales con una intensidad que se presenta violenta (Marcelli, 2006). Refiere Le Breton (2003) que la violencia es un juego con los límites, una manera de chocar con el mundo ante la falta de contención donde apoyarse, encontrando la distancia propia para el vínculo social.

En Lozano, et al (2019) citando a la OMS, se clasifica la violencia en tres categorías basadas en las particularidades de quien comete el acto violento, teniendo en cuenta el valor social y constructivo del término. Refiere a la violencia autoinfligida, donde una

persona se inflige a sí mismo; violencia interpersonal, aquella impuesta por otro individuo o un número pequeño de individuos; y la violencia colectiva, como aquella que es generada por un grupo más grande, como es el Estado, contingentes políticos organizados, entre otros, la gran mayoría indirectamente.

La acción y los diferentes tipos de conductas exteriorizadas son característica de todos los adolescentes, más allá de que presenten alteraciones psíquicas. La adolescencia constituye una etapa de transición, que como todo cambio, incita a la acción, donde se reconocen factores externos propios de la interacción social que conllevan el acto, pero también internos siendo que el o la adolescente presentan previamente las condiciones que favorecen la acción, más allá de las diferencias constitucionales individuales (Macelli, 2006).

Existen diferentes tipos de paso al acto, que abarcan la totalidad de las conductas comportamentales, como el robo, agresión, fuga, suicidio, automutilación, conducta adictiva, entre otros; ocupando el mismo un lugar predilecto en las crisis de la adolescencia, siendo que la depresión en esta etapa se manifiesta preferentemente con el paso al acto.

Se estableció anteriormente que el adolescente realiza un duelo por su cuerpo de niño, resignifica sus identificaciones y debe reconstruir su narcisismo puesto en jaque. Plantea Janin (2018) que durante dicho transcurso las urgencias pulsionales y las exigencias sociales presionan desde un interno-externo que tiende a confundirse, lo cual se vivencia como un desafío difícil de enfrentar que lleva a estallidos de furia y sensaciones indomables. Plantea la autora que se enfrentan a un abismo, con fantasías de muerte y reacciones corporales que los aterran, propias de la angustia. Se produce un estallido interno debido a afectos para los cuales no se tiene representaciones armadas (Janin, 2018).

En esta misma línea cabe preguntarse cómo se tramita la transmisión de vacíos representacionales en la adolescencia, en un período donde hay una tendencia a sentirse vacío por la expulsión de las representaciones infantiles y la pérdida de investiduras libidinales de la niñez (Janin, 2018).

Desde una afirmación personal, el ingreso a centros de Salud Mental por parte de los adolescentes institucionalizados se encuentra precedido en la mayoría de los casos por uno o varios episodios de paso al acto, como manifestación predilecta de la angustia, soledad, abstinencia. Plantea Janin (2018) que los adolescentes que se drogan, que toman alcohol, que se cortan, hablan de sentir algo a pesar del vacío representacional, puesto que no pudieron identificarse con otros que se conectaran empáticamente con ellos, ya que no

estuvieron disponibles para registrar sus vaivenes afectivos y sus demandas de amor (Janin, 2018).

Se considera que mucha de las dificultades que vemos en los adolescentes de hoy, como cortes en el cuerpo, ataques de angustia, deserción escolar, intento de suicidio, consumo de sustancias, entre otros; deben ser pensadas en relación a la falla en la constitución del Ideal del Yo cultural, puesto que muchos de los adolescentes actuales, entre ellos los que se encuentran institucionalizados, carecen de ideales (en términos de ideal del yo) lo cual refleja un vacío interno (Janin, 2018). En el periodo de la adolescencia se da lugar a un proceso de desidentificación en el ideal del Yo, al darse cuenta que algunos valores que han regido su existencia carecen en realidad de fundamento, lo cual afecta el equilibrio psíquico y el sentimiento de la propia identidad; ya que el sujeto siente el ideal del yo como un factor que garantiza su propia coherencia y además organiza su sistema de vida (Baranger, Goldstein y Goldstein, 1989).

Motivo por el cual se considera de fundamental importancia que el entorno le devuelva una imagen valiosa de sí en algún ámbito, ya sea escolar, social o deportivo, ya que el adolescente busca valores alternativos a los de los padres, por medio de modelos e ideales a los que intentará responder y así “recuperar la imagen perdida, el narcisismo golpeado” (Janin, 2018, p. 141). Refiere la autora que “el sostén narcisista proveniente de vínculos exogámicos durante la adolescencia es clave para el decurso del proceso adolescente” (Janin, 2018, p. 142). No obstante el adolescente institucionalizado pasa gran parte de su cotidiano fuera del hogar con los pares que también residen en la institución y ese pasaje a la exogamia se presenta con límites difusos. Afirma Janin (2008) que una de las salidas adolescentes por excelencia es la pertenencia a un grupo de pares y el armado de proyectos grupales, pero si no se puede cumplir la separación de la salida exogámica el adolescente puede quebrarse en esa lucha interna.

Teniendo en cuenta la modificación pulsional y narcisista del sujeto, plantea Janin (2018) que el uso de medicación puede encubrir la angustia ubicando estas crisis como patología estable, anulando su carácter de transitoriedad y la singularidad de cada sujeto. Motivo por el cual la misma autora refiere a la importancia de no encasillar a un adolescente en un diagnóstico como respuesta a su tendencia a actuar sin pensar, a cambiar frecuentemente de estado de ánimo, a depender de otros y repudiar dicha dependencia a la vez; ya que la adolescencia implica movimiento, idas y venidas, encuentros y desencuentros (Janin, 2018).

Le Breton (2003) refiere a las conductas de riesgo realizadas por los adolescentes y las ubica como una búsqueda de sensaciones, una manera para que los jóvenes puedan

probar su margen de maniobra en la sociedad. Se establece que las mismas derivan del sufrimiento y la desvinculación social, intentos por simbolizar su lugar dentro del colectivo e insertarse en el mismo, la falta de sentido se resuelve en el cuerpo a cuerpo a la vez real y simbólico. Establece el autor que al exponerse al riesgo de perder la vida con este tipo de conductas el joven refuerza la respuesta de si la vida vale la pena ser vivida, generando un sentido y una eficacia simbólica que garantiza la propia existencia (Le Breton, 2003).

Ocurre que las conductas de riesgo en algunos jóvenes no tiene porque responder a una creación de sentido sino un abandono de la lucha, como aquellos/as adolescentes que se encuentran sufriendo su falta de anclaje, provenientes de familias en crisis donde nunca sintieron que existían como sujetos, vacíos de afecto de aquellos que vivían en su entorno familiar (Le Breton, 2003).

El o la adolescente institucionalizado puede ser derivado a un centro de salud mental debido a dificultades conductuales y pasajes al acto. Desde mi experiencia laboral, se observa que luego de realizar el tratamiento y encontrarse de alta médica, el mal comportamiento del adolescente provoca resistencia en el anterior hogar de acogida con respecto a su regreso o se da la necesidad de distanciar al sujeto de ambientes conflictivos para el mismo, pero tampoco puede permanecer en un centro de salud mental cuyo fin no es la acogida perdurable del adolescente. Entonces, la posibilidad de conseguir otro hogar genera tiempos extensos de espera donde el adolescente se encuentra con la incertidumbre respecto a donde permanecerá posteriormente, lo cual dificulta ampliamente la construcción de un proyecto de vida y la visión a futuro.

Teniendo en cuenta que continua en regimen de internacion sin poder salir, en este sentido Janin (2018) refiere que el aislamiento es altamente riesgoso para todo adolescente puesto que lo dejará encerrado en sus propias angustias y terrores junto a las exigencias pulsionales indomables. El valor que le dan a su propia persona se confunde con la monotonía de una vida cotidiana sin horizonte y signada por el dolor (Le Breton, 2003). Esto genera que no se pueda cumplir la separación de la salida exogámica pudiendo quebrarse en una lucha interna, puesto que si cualquier ser humano corre riesgo al no tener con quien desplegar su sexualidad y hostilidad, entonces en el adolescente, que se encuentra en pleno estallido pulsional, se corre aún más riesgo (Janin, 2018).

6. Institución. Adolescencia institucionalizada.

El propósito del presente trabajo ha sido indagar las particularidades de la adolescencia y algunos de sus correspondientes procesos de reestructuración de sus instancias psíquicas, teniendo en cuenta aquellos adolescentes que se encuentran viviendo en centros de acogida con contacto parcial o nulo con su familia.

Se destaca el entrecruzamiento que la problemática de la institución presenta con aspectos sociales y políticos, puesto que la institución (a la cual pertenece o presenta convenio el hogar de residencia donde se encuentra el adolescente) está organizada por programas estatales, los cuales tienen determinado enfoque social y político. Si bien el interés del presente trabajo va de lo intrapsíquico a lo psicosocial, se encuentra entrelazado con el ámbito transubjetivo.

Kaminsky (1990) establece que las instituciones consisten en dispositivos de las relaciones sociales condicionados históricamente. Propone el abordaje y estudio de las instituciones desde una perspectiva inmanente, afirmando que el trascendentalismo es reduccionista, puesto que la institución no es solamente el conjunto de sus funciones, ni la providencia teleológica de sus objetivos y finalidades, ni la providencia de sus orígenes. El trabajo en inmanencia implica una lectura de lo institucional ya no como conjunto o “cosa” sino como dispositivo.

En este sentido los dispositivos residenciales para niños, niñas y adolescentes, consisten en una red de atravesamientos microsociales y micropolíticos que adquieren una configuración específica, una cristalización jurídica y una coagulación profesional. A su vez, tiene lugar un conjunto de relaciones que atraviesan y confluyen en un mismo espacio, como un nudo de relaciones sociales heterogéneas, complejas y móviles, que significan al espacio institucional (Kaminsky, 1990).

Se consideran institucionalizados aquellos/as adolescentes que residen en dispositivos de atención regulados a nivel estatal, ya sean de carácter residencial o familiar, oficiales o bajo la modalidad de convenios con organizaciones de la sociedad civil. Teniendo en cuenta que “la mediación y regulación del Instituto genera modificaciones en la dinámica cotidiana de diferente tipo” (Sena, 2015, p. 12).

En relación a los niños, niñas y adolescentes institucionalizados, Espindola y De mello (2000) refieren que al inscribir a los adolescentes en su condición de “menor” se genera una posición deficitaria que dejará determinadas marcas en el psiquismo, puesto que expresiones tales como “marginación”, “menores”, “niños de la calle” concentran un alto

grado de estigmatización y exclusión. Respondiendo a dicha problemática descriptiva, en el medio local con la creación del Código de la Niñez y la Adolescencia (2004), el Organismo rector de las políticas de infancia y adolescencia en nuestro país, pasa de llamarse Instituto Nacional del Menor (INAME) a Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU).

Su propósito es promover, proteger o restituir los derechos de niños, niñas y adolescentes, y garantizar el ejercicio efectivo de la ciudadanía, correspondiente a su condición de sujetos de derecho. En ese sentido se ha avanzado y se sigue profundizando respecto a los cambios basados en el derecho a la convivencia familiar y comunitaria.

Se considera que el cuidado familiar no refiere solo al cuidado de la madre y/o padre, sino que incluye a otros familiares o referentes significativos del niño, niña o adolescente o personas adultas que promuevan un ámbito de protección y cuidado que favorezca su desarrollo (INAU, 2018).

Dentro del Sistema de Protección de 24 Horas de INAU, para el presente trabajo, se tiene en cuenta la residencia en dos modalidades de cuidado para adolescentes institucionalizados, los Centros de Acogimiento y Fortalecimiento Familiar (CAFF) dirigido a niños/as y adolescentes cuyas familias hayan interrumpido sus capacidades de cuidado, dando lugar a una vulneración de derechos que determina la separación transitoria de su núcleo familiar. Su objetivo es garantizar el ejercicio del derecho a vivir en familia fortaleciendo las capacidades de cuidados de sus familias de origen y/o asistiendo los procesos de desvinculación definitiva. Se diferencia del hogar residencial al pretender encontrar tramas familiares de cuidado y protección cuando sea posible, priorizando la desinternación, favoreciendo vínculos significativos y cercanos (INAU, 2018).

Por otro lado, los centros de atención residencial brindan una atención integral en modalidad de tiempo completo dirigido a niños, niñas y adolescentes en situación de crítica vulneración de derechos, que provienen de contextos socio-familiares desfavorables que ameritan una intervención de este tipo, como medida extrema. El adolescente institucionalizado accede a esta condición por resolución judicial o derivación de otras instituciones que dan cuenta de la existencia de la vulneración de derechos a la que se encuentra sometido.

Para el análisis de la institución donde reside el adolescente se toma el concepto de implicación y sobreimplicación propuesto por Lourau (1991), siendo útil el análisis de la implicación presente en sus adhesiones y no adhesiones, sus referencias y no referencias, sus participaciones y no participaciones, sus motivaciones y desmotivaciones, sus

investiduras y no investiduras libidinales.

La sobreimplicación respecto a la institución puede presentar aspectos extremadamente pasivos como la sumisión a las órdenes y consignas implícitas en el orden social de la institución, que llena las brechas producidas por la desafectación (Lourau, 1991). Establece que la desafectación silenciosa, si apunta a lo instituido es producida directamente por el mismo. Piénsese en adolescentes que pasan año tras año residiendo en hogares de acogida, donde la implicación y sobreimplicación respecto al mismo configura su cotidiano.

Sin embargo, el adolescente que pasa a estar institucionalizado, cualquiera sea la estabilidad de su organización personal, formaba parte de un marco de referencia dentro de su entorno civil, con una concepción de sí mismo que ciertas disposiciones sociales hicieron posible. No obstante, desde el ingreso al centro, la pérdida del equipo de identificación de su comunidad más inmediata, puede impedir que el individuo se muestre ante los demás con su imagen habitual (Goffman, 1961).

Toda institución condiciona parte del tiempo e interés de sus miembros proporcionándoles espacios para la producción, construcción y reconstrucción de su subjetividad. Teniendo en cuenta el contacto continuo y cotidiano en las instituciones que funcionan como hogares de acogida. Goffman (1961) establece que en la sociedad moderna el individuo tiende a dormir, trabajar y jugar en distintos lugares, con diferentes personas y bajo autoridades diferentes. No obstante, estas instituciones que funcionan como dispositivo de acogimiento residencial, rompen las barreras que separan estos tres ámbitos de la vida.

Se toma en consideración la denominación “instituciones totales” expuesta por Goffman (1961) donde se puede ubicar el centro de atención en episodios agudos donde me encuentro trabajando con adolescentes institucionalizados, en modalidad de residencia sin oportunidad de salir a la calle hasta recibir el alta médica, la gestión y traslado hacia el mismo u otro hogar de acogida. Establece el autor que la barra que las instituciones totales levantan entre el interno y el exterior marcan los procesos mediante los cuales se mutila el yo de la persona (Goffman, 1961).

Refiere Goffman (1961) que a fuera el individuo puede mantener ciertos objetos ligados a la conciencia de su yo, como su cuerpo, sus actos inmediatos o pensamientos, sin embargo en las instituciones totales se borran esos límites personales, “se traspasa el linde que el individuo ha trazado entre su ser y el medio ambiente, y se profanan las encarnaciones del yo.” (p. 35).

Sus espacios de socialización se llevan a cabo en el mismo lugar y bajo la misma autoridad,

y cada actividad diaria se realiza en conjunto con un gran grupo de otros, donde ingresan nuevos y otros egresan, cambiando la población regularmente. También se le suma que cada actividad diaria se encuentra programada, dejando pocos espacios para la generación de autonomía, dificultando los tiempos de espera y la tolerancia a la frustración, amparadas en un marco de normativas explícitas y un cuerpo de funcionarios. A su vez, las actividades obligatorias a realizar se integran en un solo plan racional concebido para el logro de los objetivos de la institución (Goffman, 1961).

En este sentido Kaminsky (1990) refiere que las instituciones parecen constituir el territorio privilegiado de la repetición, no obstante hasta las aparentemente más estáticas se mueven en diversos modos y con una multiplicidad de horizontes, afirmando que es desde una perspectiva de lo diverso y plural que se debe llevar a cabo la labor de domesticación institucional.

Desde la perspectiva situacional adoptada por Kancyper (2007) se considera que los procesos de la adolescencia involucran al adolescente, sus padres y sus hermanos, siendo imprescindible una perspectiva intersubjetiva. Sin embargo, refiere Sena (2015) que en el caso de los y las adolescentes institucionalizados/as dicha perspectiva situacional se torna compleja al participar otros actores. Establece la autora que en los dispositivos residenciales “encontraremos además de un grupo de adolescentes muy movilizados por sus propias historias y momento evolutivo, un grupo de adultos que aportará cada uno sus propias particularidades a la situación” (Sena, 2015, p. 22), tomando en cuenta sus propios recuerdos y vivencias en ese periodo de sus vidas.

En esta misma línea refiere Sena (2015) que en un hogar de acogida los niños, niñas y adolescentes se encuentran, por un lado, en contacto directo con la figura de educadores, técnicos, enfermeros, auxiliares de servicio, dirección y la institución en sí misma; y por otro lado, el grupo de pares con el que convive, más allá de la presencia o no de figuras parentales y fraternas.

En la institución existen distintos actores en diferentes momentos por lo que las funciones de cuidado y autoridad se encuentran repartidas y cada uno las ejerce desde su particularidad, mediados por una relación laboral con un fuerte componente transferencial. En este sentido surge el cuestionamiento respecto a la particularidad del campo relacional en el que se encuentra el adolescente que vive en un dispositivo residencial y la incidencia de los mismos en sus procesos adolescentes. Teniendo en cuenta que el advenimiento del sujeto se produce a través del apuntalamiento intersubjetivo pero sobre el horizonte de un atravesamiento transubjetivo (Cao, 1997).

Se estableció que el adolescente continúa teniendo a los padres como referencia social y política, en relación a los mismos comienza a penetrar en ámbitos extrafamiliares tomando nuevos objetos para identificarse que serán relevos de los anteriores. Sin embargo el adolescente institucionalizado encuentra obstáculos para penetrar en otros ámbitos fuera del hogar, debido a la falta de apoyo y guía familiar, de figuras fuertes a partir de las cuales identificarse en el mundo exterior y de proyectos a largo plazo, permaneciendo como consecuencia en la inmediatez cotidiana de la institución.

Sena (2015) refiere a “la pertinencia de que el niño, la niña o adolescente cuente con un relato de sus orígenes realizado por un otro significativo” (p. 23), cuestionando si este lugar podrá ser tomado por la institución en la figura de sus diferentes actores y cuáles serán las particularidades del mismo.

La autora propone una relación entre la situación de los y las adolescentes institucionalizados/as con la de los y las hijos/as adoptivos/as. Puesto que Kancyper (2007) refiere a una ruptura en la trama de su historia en los hijos adoptivos a partir de la pérdida de sus padres biológicos y su pasaje a padres adoptantes. Afirmando que se da lugar a una ruptura en la continuidad histórica de niños, niñas y adolescentes al producirse la institucionalización, poniendo en riesgo su continuidad simbólica al separarse de las figuras parentales; además de los aspectos estigmatizante que acarrea la situación a nivel social (Sena, 2015).

Se considera que la institucionalización condiciona la construcción del psiquismo en aquellos sujetos que se encuentran institucionalizados desde edades muy tempranas, donde el Otro para el sujeto se transforma en la institución, personificada en cada caso por diferentes actores que se encuentran mediados por una relación laboral. Sobre la base de esa constitución psíquica se dará lugar al proceso de reconfiguración, reedición y reestructuración psíquica propio del periodo adolescente, en el contexto de un hogar de acogimiento residencial en contacto continuo con una cantidad considerable de pares y adultos responsables. Población que va cambiando constantemente, los adolescentes por cuestiones de ingreso o egreso por diferentes motivos, y los adultos mediados por una relación laboral dentro del programa de atención integral a niños, niñas y adolescentes.

7. Consideraciones finales

Los y las adolescentes institucionalizados se encuentran en esa situación social y jurídica como medida extrema, por orden judicial o derivación de otras instituciones que dan cuenta de la situación de vulnerabilidad en la que se encuentran. Permaneciendo desvinculados parcialmente de su núcleo familiar.

Se consideró la adolescencia como un periodo de cambios y crisis debido al trabajo psíquico transformacional a llevar a cabo, por medio de una operativa intra, inter y transubjetiva. Donde el psiquismo se encuentra en pleno reensamblado a raíz del proceso de reconfiguración de sus instancias psíquicas.

Se conceptualizó la construcción del psiquismo en relación al otro, considerando que la institucionalización condiciona la reestructuración del aparato psíquico de los adolescentes dependiendo desde cuando se encuentra en esa situación.

En la adolescencia se resignifican retroactivamente las huellas mnémicas debido a la maduración orgánica, el incremento de la pulsión y la reestructuración de las diferentes instancias del aparato psíquico, ahora dentro de su hogar de residencia.

Se comienza a desplegar el reordenamiento identificadorio, donde se disuelven los lazos afectivos con objetos de la infancia, posibilitando la configuración de nuevas identificaciones por medio de la unión a objetos pertenecientes al exogrupo. No obstante, al encontrarse en un hogar de residencia, con constante egreso e ingreso tanto de funcionarios como de adolescentes, los límites del adentro y afuera de su comunidad inmediata tienden a disminuir. Las nuevas configuraciones identificatorias tienen lugar en relación a los pares que también residen en el mismo hogar, más allá de los nuevos espacios de socialización fuera del hogar como liceo, utu, centros de recreación y deporte. Considerando que en la institución el exogrupo y el endogrupo se encuentran escasamente definidos.

Se estableció que para la adquisición de la identidad individual y social es necesario el proceso de confrontación generacional, cuestionando el desarrollo del mismo dentro del hogar de residencia. El mismo consiste en una discriminación y oposición entre las generaciones, donde la agresividad toma un papel importante. No obstante existe una variedad heterogénea de funcionarios adultos con los que convive y se relaciona el adolescente, dificultando la generación de vínculos afectivos fuertes que sirvan de sostén y referencia. Se puede dar lugar al borramiento de la diferencia generacional y en lugar de la confrontación se instaura la evitación y desmentida de la brecha generacional, afectando el desarrollo de la identidad del adolescente.

Por lo tanto, los procesos intrapsíquicos y psicosociales propios del periodo adolescente se desarrollan en forma desigual en los adolescentes institucionalizados condicionando su estructuración psíquica.

Debido al periodo de transformaciones y crisis que atraviesan, sumado al estado de vulnerabilidad y la falta de otros estables y dispuestos a estimular al individuo en su desarrollo, son frecuentes las actuaciones de auto y heteroagresividad, como modo de expresión. Lo cual puede tener como resolución el traslado de un hogar a otro, con el fin de separar al adolescente de un entorno desfavorable para el mismo, con el componente de pérdida de los vínculos establecidos hasta el momento.

Desde mi experiencia laboral he trabajado con adolescentes institucionalizados que han residido en diferentes modalidades de dispositivos residenciales. En Centros Diurnos que brindan atención al adolescente desde una perspectiva integral en modalidad de residencia. En Centros de Medio Camino, que son dispositivos psicosociales que facilitan el proceso de reinserción social del adolescente con el fin de mejorar su autonomía (por ejemplo cuando estuvieron privados de libertad con anterioridad) priorizando las actividades comunitarias fuera del ámbito de internación. Como también en Centros que no son abiertos, como los Centros de Salud Mental en régimen de internación psiquiátrica, sin posibilidad de salir a la comunidad hasta recibir el alta médica y traslado a un hogar de residencia o centro de medio camino.

Debido a las dificultades burocráticas y de gestión detectadas desde la indicación del alta médica en un centro de salud mental al posterior ingreso a un hogar de residencia, se propone la realización a futuro de un proyecto de intervención para abrir un Centro de Medio Camino como dispositivo psicosocial que favorezca la reinserción social de adolescentes institucionalizados. Siendo fundamental contar con instituciones intermedias que les permitan adquirir las destrezas necesarias para lograr autonomía y generar nuevas redes sociales, ofreciendo a los adolescentes un ambiente terapéutico que garantice su tratamiento farmacológico y posterior reinserción.

Se considera de fundamental importancia no perder el contacto con sus entornos naturales de cuidado y cuando no sea posible fortalecer las redes dentro del centro residencial con la atención integral correspondiente y sostenida.

Referencias bibliográficas:

- Aberastury, A., y Knobel, M. (1986). *La adolescencia normal. Un enfoque Psicoanalítico*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- Baranger, W., Goldstein, N. y Goldstein, R. (1989). *Acerca de la desidentificación*. Revista de Psicoanálisis. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: http://raquelzdeg.tripod.com/es_desiden.htm
- Bauman, Z., (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona, España: Gedisa.
- Bleichmar, S. (2003). *Acerca de la subjetividad*. Seminario EPIS 1 – Prof. Jorge Rodríguez Solano. Conferencia llevada a cabo en la Facultad de Psicología de Rosario (U.N.R.). Recuperado de: <http://seminario-rs.gc-rosario.com.ar/conf-silvia-bleichmar-30-07-2003>
- Bleichmar, E. (2005). *Manual de psicoterapia de la relación padres e hijos*. Barcelona, España: Paidós.
- Bolwby, J. (1986). *Vínculos afectivos: Formación, desarrollo y pérdida*. Madrid, España: Morata.
- Cao, M. (1997). *El planeta adolescente. Cartografía psicoanalítica para una exploración cultural*. Buenos Aires, Argentina: Autores Editores. Recuperado de <http://www.marceloluiscao.com.ar/Blog%20Posts/indice-planeta-adolescente.html>
- Cao, M. (1999). *El trabajo de la intersubjetividad en Psicoanálisis con Adolescentes*. Revista de Psicoanálisis de las Configuraciones Vinculares. Tomo 22. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <http://www.marceloluiscao.com.ar/otras-obras-del-autor/articulos/el-trabajo-de-la-intersubjetividad-en-psicoanálisis-con-adolescentes.html>
- Cao, M (2013). *Bordes y desbordes adolescentes*. I Coloquio Internacional sobre culturas adolescentes. Subjetividades, contextos y debates actuales. Buenos Aires, Argentina. Recuperado de <https://coloquio.sociedadescomplejas.org/pdfs/PDF-ARGENTINA/CAO-Marcelo-Luis-Bordes-y-desbordes-adolescentes.pdf>
- Carcelén, M; Martínez, P. (2008). *Perspectiva temporal futura en adolescentes institucionalizados*. Universidad católica del Perú. Revista de Psicología Vol. 26 (2). pp. 255 - 276. Recuperado de: <http://revistas.pucp.edu.pe/index.php/psicologia/article/view/1060/1024>
- Casas, M. (2001). *En torno al rol del espejo. Winnicott, Lacan, dos perspectivas*. X Jornadas Winnicottinas. Santiago de Chile, Chile. Recuperado: https://querencia.psico.edu.uy/revista_nro4/myrta_casas.htm

- Castoriadis, C. (1997). *El imaginario social instituyente*. Zona Erógena N° 35. Recuperado de <http://www.ubiobio.cl/miweb/webfile/media/267/Castoriadis%20Cornelius%20-%20El%20Imaginario%20Social%20Instituyente.pdf>
- Charbonier, A.; Gonzales, M.; Varela, C. (2019). *Particularidades de una clínica en situaciones de desamparo*. Cruces entre el campo social y el campo psicológico. Contextos. Coordinadora de Psicólogos del Uruguay. pp 11 - 19.
- De Mello, E y Espínola, M. (2000). *De adolescencia marginada: una experiencia de trabajo*. Revista Uruguaya de psicoanálisis 91. Recuperado de <https://www.apuguay.org/apurevista/2000/1688724720009112.pdf>
- Dolto, F. (1990). *La causa de los adolescentes: el verdadero lenguaje para dialogar con los jóvenes*. Barcelona, España: Seix Barral. Recuperado de <http://www.codajic.org/sites/www.codajic.org/files/Dolto%20Francoise%20-%20La%20Causa%20De%20Los%20Adolescentes%20-%20El%20verdadero%20lenguaje%20para%20dialogar%20con%20los%20j%C3%B3venes%20-%20Barcelona%20-%20Seix%20Barral%20-%201990.pdf>
- Dor, J. (2009). *Introducción a la lectura de Lacan. El inconsciente estructurado como lenguaje*. Barcelona, España: Gedisa. Recuperado de https://www.perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/dor_joel_-_introduccion_a_la_lectura_de_lacan.pdf
- Evans, D. (2007). *Diccionario Introductorio de Psicoanálisis Lacaniano*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. Recuperado de <https://clinicapsicoanaliticatampico.files.wordpress.com/2015/01/diccionario-introductorio-de-psicoanc3a3c2a1lisis-lacaniano-dylan-evans.pdf>
- Freud, S. (1950 [1895]). *Proyecto de Psicología*. En Obras completas (Vol. 1, pp. 323-463). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños* (segunda parte). Sobre el sueño. En Obras Completas (Vol. 5). Buenos Aires: Amorrortu. Recuperado de <http://www.bibliopsi.org/docs/freud/05%20-%20Tomo%20V.pdf>
- Freud, S. (1905). *Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora)*. Tres ensayos de teoría sexual y otras obras. En Obras Completas (Vol. 7). Buenos Aires: Amorrortu. Recuperado de <http://www.bibliopsi.org/docs/freud/07%20-%20Tomo%20VII.pdf>
- Freud, S. (1911). *Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente* (caso Schreber). Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras. En Obras Completas (Vol. 12). Buenos Aires: Amorrortu. Recuperado de <http://bibliopsi.org/docs/freud/12%20-%20Tomo%20XII.pdf>
- Freud, S. (1923). *El ello y el yo*. En Obras Completas (Vol. 19). Buenos Aires: Amorrortu. Recuperado de <http://www.bibliopsi.org/docs/freud/19%20-%20Tomo%20XIX.pdf>
- Freud, S. (1940 [1938]). *La escisión del yo en el proceso defensivo*. En Obras completas (Vol. 23, pp. 271-278). Buenos Aires: Amorrortu. Recuperado de

<http://www.bibliopsi.org/docs/freud/23%20-%20Tomo%20XXIII.pdf>

García, J. (2013). *Los adolescentes, la declinación del patriarcado y las nuevas estructuras familiares*. Revista Uruguaya de Psicoanálisis (117): 129-136. Recuperado de <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201311708.pdf>

Goffman, E. (1961). *Internados: ensayos sobre la situación actual de los enfermos mentales*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay. Sistema de Información para la Infancia. (2019). *Estudios de Población y Proyectos*. Recuperado de <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/EstudiodePoblacinyProyectosdiciembre2019plantillaINAU1.pdf>

Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (2018). *Criterios para apertura o reconversión a CAFF*. Programa familia y cuidados parentales. Recuperado de <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Criterios%20para%20Apertura%20o%20Reconversi%C3%B3n%20a%20CAFF.pdf>

Janin, B. (2018). *Infancias y adolescencias patologizadas. La clínica psicoanalítica frente al arrasamiento de la subjetividad*. Buenos Aires, Argentina. Noveduc libros.

Kaminsky, G. (1990). *Dispositivos institucionales: democracia y autoritarismo en los problemas institucionales*. Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.

Kancyper, L. (2004). *Adolescencia y confrontación generacional: los afectos y el poder*. Revista APPIA - N°. 15. pp. 92-114. Recuperado de <http://www.bvpspsi.org.uy/local/TextosCompleto/appia/0797372120041509.pdf>

Kancyper, L. (2007). *Adolescencia: el fin de la ingenuidad*. Buenos Aires, Argentina: Lumen.

Lacan, J. (1971). *El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos presenta en la experiencia analítica*. Escritos 1. Mexico: Editorial Siglo XXI. (Trabajo original en 1949). Recuperado de https://arditiesp.files.wordpress.com/2012/10/lacan_estadio_del_espejo.pdf

Lacan, J. (1982) *Lo Simbólico, lo Real y lo Imaginario*. Conferencia de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Boletín de la Asociación Freudiana n°1 (1953). Recuperado de <http://www.ali-aix-salon.com/J.Lacan%20le%20symbolique,l'imaginaire%20et%20le%20r%C3%A9el%201953.pdf>

Lacan, J. (2009). *Las psicosis*. El Seminario Libro 3. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original en 1955-1956). Recuperado de <https://www.google.com/url?q=https://psicopatologia1unlp.com.ar/bibliografia/tp/historia/Lacan.%2520La%2520pregunta%2520hist%25C3%25A9rica%2520I-II.pdf&sa=D&ust=1583373782660000&usg=AFQjCNHOLNAiKSyXAOZSJmvgB1t-2xA-gQ>

Lacan, J. (2005). *Las formaciones del inconsciente*. Seminario Libro 5. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós. (Trabajo original en 1957-1958). Recuperado de <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/Seminario-5-Las-Formaciones-Del-Inconsciente-Paidos-BN.pdf>

- Lacan, J. (1974-1975). *RSI. Seminario Libro 22*. recuperado de:
<http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/27%20Seminario%2022.pdf>
- Le Breton, D. (2003). *Adolescencia bajo riesgo. Cuerpo a cuerpo con el mundo*. Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce.
- Lourau, R (1991) *Implicación y sobreimplicación*. Conferencia: El espacio institucional. La dimensión institucional de las prácticas sociales. Buenos Aires, Argentina.
Recuperado de
file:///C:/Users/Usuario/Downloads/Loureau%20concepto%20de%20implicaci%C3%B3n%20(1).pdf
- Lozano, F., Garcia, M., Sande, S., Perdomo, V. y Zunino, C. (2019). *Protocolo para el abordaje de situaciones de maltrato a niños, niñas y adolescentes en el marco del Sistema Nacional Integrado de Salud*. Montevideo, Uruguay: Gráfica Mosca.
- Marcelli, D. (2006). *Psicopatología del adolescente*. Barcelona: Masson S.A..
- Millas, D. (2005). *La certeza en la clínica psicoanalítica*. Recuperado de
https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/practicas_profesionales/162_hospital_dia/material/docentes/la_certeza_clinica_psicoanalitica.pdf
- Real Academia Española (2014). *Diccionario de la lengua española* (23.a edición).
Recuperado de <https://www.rae.es/>
- Sánchez-Barranco, A.; Sánchez-Barranco, P.; Sánchez-Barranco, I. (2006). *Reconstrucción histórica de la obra de Jacques Lacan*. Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría. Vol. 26. No 1. Madrid, España. Recuperado de
http://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0211-57352006000100007
- Sena, S. (2015). *La construcción de la historia en adolescentes institucionalizados*. Tesis para optar al título de Magister en Psicología Clínica. Universidad de la República, facultad de Psicología. Montevideo, Uruguay. Recuperado de:
<https://www.colibri.udelar.edu.uy/jspui/bitstream/20.500.12008/7574/1/Sena%2C%20Sandra.pdf>
- UNICEF (2006). *Convención Internacional sobre los Derechos del Niño (1986)*. Madrid: Nuevo Siglo. Recuperado de
<https://www.un.org/es/events/childrenday/pdf/derechos.pdf>
- Uruguay, Poder Legislativo (1967). *Constitución de la República Oriental del Uruguay*. Recuperado de <https://parlamento.gub.uy/documentosyleyes/constitucion>
- Uruguay, Poder Legislativo (2004). *Ley 17823. Código de la Niñez y la Adolescencia*. Recuperado de <http://archivo.presidencia.gub.uy/ley/2004090801.htm>
- Uruguay, Poder Legislativo (1988). *Ley 15.977. Creación de INAU*. Recuperado de

file:///C:/Users/Usuario/Downloads/leycreacion%20(2).pdf

Viñar, M (2009). *Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio*. Montevideo, Uruguay: Ediciones Trilce.

Winnicott, D. (1967). *El papel de espejo de la madre y la familia en el desarrollo del niño. Realidad y Juego*. Buenos Aires, Argentina: Granica.

Winnicott, D. (1981). *Los procesos de Maduración y el ambiente facilitador*. Barcelona, España: Editorial Laia.